



2 el espejo 2

Boletín de la Asociación de Escritores Extremeños





el espejo 2



SUMARIO



de robotica

De los días de...

General Antonio Aguirre

el espejo

2

CONFERENCIA DE
JULIO JIMÉNEZ

4 Fernando Casco Flores

REGIÓN DEL ARGENTINO

6 Francisco Lombardi

7 José Luis Arce

8 Javier Muguerza

11 José María Valverde

ojabell

E dita

Asociación de Escritores Extremeños

Junta Directiva

PRESIDENTE: Ángel Campos Pámpano.
VICEPRESIDENTE: Álvaro Valverde Berrocoso.
SECRETARIO: Miguel Ángel Lama Hernández .
TESORERA: Carmen Araya Iglesias.
VOCALES: Antonio Gómez García,
Elías Moro Cuéllar, Luciano Feria Hurtado,
Carlos Medrano Hernández, José Miguel Santiago Castelo,
Manuel Pecellín Lancharro, Jesús García Calderón.
PRESIDENTES HONORARIOS: Jesús Delgado Valhondo,
Bernardo Víctor Carande

Consejo de Redacción

ANTONIO GÓMEZ GARCÍA
ELÍAS MORO CUÉLLAR
PLÁCIDO RAMÍREZ CARRILLO

Maquetación y Diseño

GERMÁN GRAU LOBATO

Patrocina

CONSEJERÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO
DE LA JUNTA DE EXTREMADURA

Imprime

INDUGRAFIC, Artes Gráficas S.L.

Dep. Legal

BA -104-1996

Badajoz, diciembre 1996

SUMARIO



NARRATIVA

- De los dientes de Fruela* 5 Gonzalo Barrientos Alfageme
La mujer de niebla 10 Juan Calderón
El golpe en el hastial 12 Teresa Núñez
Cartas desde el frenopático 17 Martín Romero Moreno

POESÍA

- Abril para Gerardo* 19 Juan C. Rodríguez Búrdalo
Con los ojos nublados 20 María José Flores
Las sombras fijas 21 Daniel Casado
Ahora, casa por casa 22 José Antonio Zambrano
A modo de intenciones 23 Alfredo Gordillo
Mi sino estaba escrito en el texto 24 Joaquín Gómez
Plenitud del vacío 25 Pilar Fernández
Carpe Diem 27 Jacinto Martín Pájaro

ENCARTE

José María Valverde

- Ciprés florecido de lenguaje* 3 José Jiménez
*José María Valverde: He do the
police with many voices* 4 Fernando Castro Flórez
Valverde 5 Rafael Argullol
El amigo listo y feo 6 Francisco Umbral
Mi imagen de José María Valverde 7 José Luis Aranguren
*José María Valverde.
Un filósofo sin afectación.* 8 Javier Muguerza
Poemas 11 José María Valverde

SUMARIO

CRÍTICA

La noche de Ícaro

Ada Salas: La poesía como misterio

Pancho contra el sarasa rosa

Historia de una chapa

Vieja presentación de la poesía joven o los árboles y el bosque

Los Elegidos

ECOS del Espejo

Libros

Una colección centenaria

Revistas

Aulas

Premios y nombramientos

De Re varía

29 Luciano Feria / J. María Lama

33 Hilario Jesús Rodríguez Gil

42 Antonio Orihuela

46 Elías Moro Cuéllar

49 Javier Rodríguez Marcos

51 Luis Martínez Terrón

55 Antonio Gómez, Elías Moro, Plácido Ramírez

57 Manuel Pecellín Lancharro



DE LOS DIENTES DE FRUELA



Gonzalo Barrientos Alfageme

Los agentes comerciales, viajantes, representantes, visitadores o comoquiera que llamarse quieran, tienen la obligación de conocer detalles que permitan personalizar al cliente. De esta manera dan la impresión de un trato exclusivo, especial, escogido, como de quien dice: “querido amigo; yo tengo muchos clientes, pero usted es un caso aparte”. Anotan en sus agendas el santo, el cumpleaños, los “jobis”, las manías; todo aquello que pueda ser utilizado como herramienta de persuasión.

Supongo que todos los visitadores médicos que salían por vez primera de casa del Dr. Araujo padre, anotaban febrilmente la pasión filatélica como uno de los flancos más vulnerables para el abordaje. Y acertaban. Aquel hombre enjuto, parco en palabras y barnizado de una visible capa de cinismo socarrón, que había hecho la guerra voluntario y después la mili en la posguerra, que quiso alistarse en la División Azul, pero que optó -bien ayudado- por alistarse en el matrimonio, que había renunciado, desengañado, a su prometedora carrera política, resulta que coleccionaba aquellos trocitos de papel desde su más tierna infancia.

En su correspondencia se devanaban los sesos para conseguir en el franqueo la combinación más compleja que utilizara el mayor y más variado número de sellos. Realmente había conseguido excelentes resultados. Desde su infancia, a través del famoso bachillerato de los siete años, su colección había aumentado hasta niveles notables. Por aquellos días se comentaba que un boticario le había ofrecido un “gordini” a cambio de sus sellos, a lo que él se había opuesto, naturalmente.



el espejo

Un buen día, entre el montón de publicidad que allá por el año sesenta y dos enviaban los laboratorios, aparece una de las novedades filatélicas inmediatas: el sello de una peseta de la serie conmemorativa del XII Centenario de la fundación de Oviedo. Se trata de una litografía con el perfil de la cabeza de Fruela I, en color castaño claro. Sin embargo, aquella estampilla postal supuso una conmoción para Araujo padre. Se trataba de un ejemplar desdentado, un fragmento de una hoja que había salido de la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre sin el habitual taladro separador de los ejemplares. Procedía de uno de los amigos visitantes de la capital y era evidente que el emisor había tenido que utilizar la tijera para individualizar el franqueo. Este tipo de acontecimientos no suele presentarse más que en la ilusión y los sueños de los coleccionistas.



Nada tenía que ver con el motivo representado. Fruela permanecía con impenetrable perfil, con su mirada inexpresiva de cautiva fiereza, totalmente ajena a la dentadura de su entorno. Pero éso no impedía que su ausencia provocara la excitación de quien se encuentra ante un hecho extraordinario. Era una mezcla de turbación e incredulidad. La constatación de pasiones supuestamente dominadas causaba un estado de ánimo en que lo estrictamente racional pasaba a un segundo plano. La primera impresión era la de quien se considera "tocado" del dedo excepcional de los dioses. Probablemente era el primer ser humano que se había percatado de aquella anomalía, desde el origen de los tiempos.

Era necesario actuar con rapidez para evaluar la dimensión del fenómeno. Fue necesario desplazarse hasta la cabecera de partido donde ya funcionaban algunos teléfonos. Los hados eran favorables porque pudo localizar, sin demasiado esfuerzo, a aquel visitador que había enviado tan apreciado franqueo. Efectivamente, entre la conveniente adulación y la templada ira hizo referencia al mal funcionamiento de los servicios públicos. Correos, por ejemplo. Compra uno los sellos en hojas completas y, sin duda por un descuido del funcionario, le obligan a uno a utilizar las tijeras porque -usted me comprende- es mucha la correspondencia que se libra a diario.





Pero, querido amigo, usted puede hacerme un favor. Utilice las hojas taladradas y resérveme ese incómodo descuido del funcionario - había de ser funcionario, mire usted (no, si ya se sabe)-. De esa manera consiguió el último reducito de la joya. Sí, me quedan ya sólo los cuatro de la esquina y, si usted los quiere, en mi próxima visita se los acerco. No es necesario ¡son cuatro pesetas! ¡No faltaba más! Se diluía lentamente la turbación primera porque Araujo (también padre) tenía el mejor concepto de la palabra como expresión de hidalguía, No se le pasó por la cabeza dudar de que ya había conseguido lo que pretendía. Pero en su mente quedaba una reserva incontronable, mezcla de codicia, de ambición, de cierta culpabilidad. Casualmente tengo que acercarme mañana para resolver unos asuntos en el Colegio ¿tomaría usted café conmigo? Un placer, D. Nicolás.

Por fin estaba ante sus ojos. Un bloque de cuatro con el número de la hoja por añadidura. Probablemente los cuatro únicos ejemplares sin usar que había en todo el mundo. Una auténtica rareza irreplicable. Algo fuera de los circuitos comerciales de valor y de precio. La aparición de la demanda sólo era cuestión de tiempo. Frente a ella, sólo una oferta, la suya.

Un arcano sentido de la responsabilidad, un bien encendido rescoldo de la nobleza, una expresión inequívoca de la gratitud y de la reciprocidad, le obligaban a explicar el interés que le provocaba aquella rareza. El buen visitador quedó interesado, primero, e incorporado después al universo de los filatélicos. Como personas de palabra, Araujo recogió aquel preciado obsequio y, a cambio, entregó al visitador el ejemplar usado que había causado todo el proceso: era el primer ejemplar y el más preciado, sin duda de la nueva colección.

Fruela I había iniciado un nuevo viaje, una aventura muy diferente de la fundación de Oviedo o de las campañas contra gallegos y vascos. Hubieron de pasar no pocos años, pero inexorablemente un día apareció en una exposición y después en un catálogo y otro, y más tarde en todos. Su valor ascendía de año en año. Se trataba de una cotización propia de coleccionistas y, por lo tanto, sometida a ese sub-



jetivismo imponderable de quien valora aquello que no posee ningún valor objetivo. No todos los caracteres comprenden esa categoría con facilidad. Probablemente se trata de un sentimiento profundo de la excepcionalidad, de la íntima convicción de la propia superioridad en el desierto de la vulgaridad dominante. La certeza en una especie de nobleza espiritual inaccesible para el común de los mortales. Mortales, he ahí la gran cuestión, la desazonante duda, la inaceptable certeza, el reino de la ambigüedad donde contienden la razón, el sentimiento y eso que llaman fe. La más genuina aceptación de la contingencia, de la limitación, de la insuficiencia intelectual. Y éso era más fácil aceptarlo cada día. El llamado periodismo científico aproximaba constantemente al lector nuevos enigmas, incomprensibles horizontes, inexplicables raciocinios.



Sólo en ese contexto puede comprenderse el significado de lo que Fruela I adquiere para Araujo. Una relación que se convertirá en categoría y casi en emblema de su personalidad. Porque el devenir del tiempo pondría de manifiesto alguno de los aspectos más relevantes del aquel temperamento. En efecto, ya hemos visto a Fruela en los catálogos, con un valor de cambio con el que el propio Fruela habría acometido la conquista de Al-Andalus completo, sin haberlo dudado un solo instante.

Sin embargo, se trataba de un Fruela "usado". Habían pasado no menos de cuarenta años y Araujo mantenía el secreto íntimo de aquel bloque de cuatro nuevo, incluso con el número de la hoja que se escapó al funcionario de la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre antes de que le pusiera la dentadura. Era, pues, un ejemplar único, más valioso por único que por nuevo y numerado. Sólo que la excepcionalidad de aquella joya sólo existía en la más arcana intimidad de Araujo. Su temor a divulgar el acontecimiento filatélico no se explicaba tanto por el respeto que le merecían los ladrones o la desconfianza en los seguros de las exposiciones, cuanto la certeza de poseer él solo, no sólo el ejemplar extraño, sino incluso el conocimiento de su existencia.

Pasaron los años y Carlos heredaba crecientemente la alícuota



parte del secreto. Es cuando pudo valorar aquella sensación sublime de la inexistencia transcendente. Sin duda se trataba de un misterio insondable más propio de los seres inmortales. Porque, en el fondo, ¿qué importaba que existiera o no aquel sello? Probablemente su existencia sería discutida y hasta negada por más de algún experto. Pero la mera negación incrementaba el placer desconocido, incomparable, audaz y transgresivo.

Era de su exclusiva y casi entera propiedad. Porque no sólo era suyo, sino que no existía ya para nadie más que para él. Los catálogos admitían el ejemplar usado, pero siempre se interpretó el bloque nuevo como una audaz y excelente falsificación. Sólo la memoria de aquellos instantes de Nicolás Araujo, frenético, impaciente, casi febril. Sólo la presencia imprescindible y vital de aquella zozobra era más que suficiente para satisfacer cualquier demanda de placer. Un placer orgiástico de la mente, de aquel recóndito rincón de la mente de Carlos Araujo donde nadie lograría entrar, donde ni él mismo entraba sino de tarde en tarde.

Carlos Araujo, hijo.



LA MUJER DE NIEBLA

Juan Calderón



Desde el mismo momento de conocer su engaño decidí no verle más. Jamás volverá a cruzar mi puerta, me dije, y cerré con llaves y cerrojos. Yo me quedé dentro con el odio instalado de por vida en la mirada. Me derrumbé en la cama y esperé su llegada, por regalarme el placer de no abrirle, de vengar aquella herida larga como un río, dolorosa y negra como un duelo. Inútil espera: nunca regresó ni golpeó con sus nudillos en la entrada. Pasaron días y días, y la rabia se me fue enroscando alrededor del cuello, produciéndome una asfixia lenta.

Definitivamente derribada por aquella ausencia persistente, tuve miedo de no volver a verle, de no poder gritarle su infamia cara a cara, y sólo después de verme condenada a la más absoluta soledad, descubrí que aún seguía amándole. Olvidé los agravios y retorné al deseo de él, a añorar sus besos.

Casi a rastras me dirigí a la puerta, decidida a franquearle el paso, pero al recorrer los cerrojos y virar las llaves encontré tapiado el orificio de la puerta, tal y como yo lo había deseado en los pasados días. Golpeé aquel muro repetidamente, sin conseguir derribarlo, como tampoco fue posible devolverle su hueco a las ventanas. Desfallecida, me senté junto a la entrada, esperanzada de escuchar sus pasos al otro lado, que viniera a rescatarme del cautiverio, y allí permanece mi cuerpo, todavía sin moverse. Cuando me miro de frente, después de tanto tiempo en actitud de guardia, casi no puedo reconocermé.



Aquella tarde me había sentado frente a mi máquina de escribir, dispuesto a renglonear un nuevo relato. No soy consciente de cuál fue el momento en que perdí la noción de la realidad, lo cierto es que al abrir los ojos estaba junto a una mujer desconocida, que al verse sorprendida se difuminó como la niebla, hasta desaparecer. En el folio que había introducido totalmente en blanco en el rodillo de la "Hispano Olivetti" aproximadamente una hora antes, encontré escrita la historia que acaban de leer.

Sucedió el día uno de noviembre, y en mi despacho, desde entonces, hace más frío que de costumbre.



EL GOLPE EN EL HASTIAL

Teresa Núñez

Ya está, Lola. Ya lo hice. Y éso que me lo dijiste tantas veces, no eres capaz. Y ahora me miras, Lola, y tus ojos están llenos de asombro y miedo. Ahora, Lola, que casi no pareces tú, me miras a mí, que tampoco soy yo, y hemos perdido la medida de las cosas, hasta del tiempo. Nos empieza a rodear la luz y sé que amanece. El viento mueve las pitas y gime en los sisales. Condenado viento, aunque tú lo prefieras a cualquier otro sonido. Te gusta caminar a su paso mientras él levanta tus faldas, pero dicen que todo el que vive junto al viento se vuelve loco, así que no te extrañes. El viento y el rumor de los molinos de bolas, dos ruidos interminables y malditos. Hoy está dentro de mi estómago, hincha mi cabeza, siento cómo rompe los globos de mis ojos.

Los tuyos son como el cristal. Tus ojos asustados, Lola, otras veces inocentes. Cómo los he besado y me he perdido en ellos. Haya que amarte por fuerza cuando abrazas. Tienes en la piel un río dulce y pegajoso. Y es como si uno pudiera sentir la sangre que pasa por tus venas. Tu corazón marca los segundos con la fijeza de un reloj en la oscuridad. Me conforta dormir sobre él, hundir boca y mejillas en tu corazón y olvidarlo todo. Eres tan niña y quieres tanto, con tal fuerza te agarras a las cosas, que resulta difícil culparte.

Cuando nos conocimos, recuerdas, lavabas ropa en el pilón de la plazoleta. Tu casa daba al mar y siempre olías a yodo y a salitre. Algunas veces, yo iba con los pescadores de la Isleta a coger meros, que entonces se encontraban, aunque profundos, por toda la costa. Nos juntábamos seis o siete y hacíamos una moraga, pretexto para beber hasta la noche y dormir en la playa, espantarrados. Una vez tuvi-



mos que subir a tu padre medio ahogado, no de agua sino de vino. Entre todos lo llevamos y mientras tú preparabas café lo desnudamos y yo lo metí en la cama. Me puso perdido de vomitona. Entonces tú me sacaste una camisa limpia y preparaste un barreño de agua caliente. Con cuánto amor lo hacías todo. Estabas cerca. Yo sentía tu respiración jadeante, y de pronto me rozaste la espalda y tus pechos se me clavaron en los huesos. Dios, qué locura me dió. Cómo esperaba la salida del turno y bajaba igual que un ciego del Cinto para llegarme a tu casa. Tu padre me dejaba hacer y ahora pienso que le corría prisa deshacerse de tí, porque tu cuarto estaba disponible a cualquier hora y tú, ceñida en blusas escasas, con el pelo mojado y la mirada tibia, eras una invitación. Si te veía coronar la cuesta de La Amatista, imaginaba que ibas a trabajar y acechaba el poblado minero hasta que llegabas de regreso, con la falda bullendo alrededor de las caderas y esos muslos sombreados de sol, que el viento descubría a trechos. Si bajabas el domingo a la playa con alguna amiga, te observaba desde lejos. Con los pies ibas levantando las algas y los sargazos pardos se pegaban a tus piernas y te seguían en larga procesión de flecos contra los que luchabas, revolcándote en la arena.

Un día se lo dijiste a mi padre. Que te iba a llevar. Recuerdo mis palabras. Ésta es para mí, padre. Con ésta no se casa nadie más que yo. Y él me echó una mirada oscura y me dijo, cerciórate, que no te engañen, a ver si la ha tocado otro y haces el tonto. Pensé que eran celos. Porque yo era un rey cuando caminábamos de la mano, cuando tú volvías el rostro para mirarme y sonreirme. Como si no hubieras sonreído a nadie o como si ya no pudieras sonreír más, sólo conmigo. Y pensaba que todos te veían así. Yo un rey y tú la reina que me hacía feliz. Quién lo iba a saber, tan niña. Y yo pensé: la envidia. Los viejos viven en un mundo de recelos, creen que cuando ellos se acaban todo tiene que terminarse alrededor. Sufren si alguien es dichoso, con esa dicha que se les ha escapado a ellos hace tiempo, y ensucian lo más sencillo. Y mi padre, antes que padre, era viejo. Pensaba cosas atroces de las mujeres jóvenes pero, si podía, las disfrutaba. Yo no entendía cómo hacerlo sin enredarse en sentir, olvidándose del corazón, como él, y dejando que temblara sólo la piel, sólo las sensaciones animales que luego se abandonan y no nos llenan el alma. Pero el caso es que él vivía así, y lo decía con tranquilidad. A mí no me come el seso



ninguna mujer, no. Mi dinero para mí, y, si quieren, gratis. Por todo éso, yo estaba seguro de que mi padre se en celaba de tí.

Cuando mi madre murió, nos unimos en la desgracia. aprendimos juntos a cocinar y nos planchábamos los pantalones debajo del colchón. Él me defendía de los maestros, diciendo que estaba en casa cuando, en realidad, me iba al dique del estéril a jugar con otros muchachos. Era un acuerdo secreto que ninguno mencionó ni estaba escrito en parte alguna. Él tapaba mis faltas a la escuela y yo lo recogía de la taberna todas las noches y lo llevaba dando tumbos a la cama. Tu padre lo acostumbó a éso, ahora los dos se veían a menudo y perdía el sentido delante de una botella. Hasta que un día se me olvidó ir a buscarlo. Mi padre llegó a media noche al cuarto, me miró largamente y en vez de reprochar me dió un cigarro. Fumamos en silencio. Aquella noche debí crecer ante sus ojos porque no necesitó hacer preguntas y éso parecía dolerle. Yo supe que se le había incendiado en el corazón toda la rabia del mundo.

-Es la Lola, ¿verdad?

Dije que sí con la cabeza. Entonces, él me tomó por los hombros, me buscó el fondo de los ojos y resopló con voz ronca:

-No, Antonio. Esa mujer no.

-Ya está, padre. No hay nada que hacer.

Nunca volvimos a hablar de ello, ni yo le repetí la decisión que había tomado. Tampoco él intentó arrebatarme la idea. Pero cómo pesaba el silencio entre los dos, de qué forma nos hundimos en el vacío, uno junto al otro. La noche en que te llevé, él lo supo. Me miró de aquel modo que hacía sentir culpable y únicamente dijo que cerrara bien la puerta por si rondaba algún zorro. También él se había casado así con mi madre. Llevarse a la novia era lo único que podíamos hacer, porque no había dinero para más y no íbamos a esperar toda la vida. Acuérdate de lo que dijo tu hermano. Todos sabían lo que iba a ocurrir esa noche, así que hallé tu patio abierto y no tropecé con nadie por los alrededores. Dí varias vueltas para desorientar a las mujeres que salían a los zaguanes y, luego, cuando te ví llegar al cami-



no , te tomé de la mano y fuimos rodeando la costa. Esa noche lo hicimos en la arena mientras el ruido del mar nos rodeaba, nos mecía sorpresivamente. Y otra vez, abrigados por las chumberas, nos tumbamos junto a la torre vieja y nos dormimos oyendo las voces de los grillos y viendo caer estrellas fugaces sobre los cerros.

Sabíamos que en adelante habría que trabajar duro. A mí me trasladaría al Cinto, siempre lo hacían cuando un empleado se llevaba a su novia. Era una especie de castigo, del que los ingenieros se valían para imponer ciertas obligaciones morales. Tú dejarías la casa del director, porque no iba a fiarte ya a los niños, y lavarías la ropa hasta destrozarte las manos, como hiciste de chiquilla en La Isleta. Compraría dos platos y dos tazas de loza, una sartén para las migas y un botijo nuevo. Y te llevarías de casa de tus padres el colchón de borra, los manteles que bordó tu abuela y una cómoda con espejo. A mí me regalaría la familia un reloj y mi padre un traje nuevo. En cambio, tú irías a la iglesia con el vestido que llevó tu madre. Y así nos echaríamos las bendiciones dos o tres años después de casarnos, cuando tal vez tuviéramos algún hijo.

Pues ya lo has visto, Lola. No ha podido ser. Y no sé de quién es la culpa. Yo, siempre tan cobarde para todo, temiendo hacer preguntas, temiendo que los otros se dieran cuenta de lo que sentía. Qué estúpido fui. Tú me dijiste que aquellos vestidos eran desechos de las señoras y yo te creí. No quise ver los paseos que dabas con tus zapatos nuevos por donde nadie paseaba, pero, sobre todo, no imaginé lo que había en tu boca, siempre dulzona, o por qué se te perdían las miradas más allá de los pájaros. Como un juego cruel me preguntabas: ¿Qué harás si me voy con otro?. Yo no sabía responder y tú reías. Qué vas a hacer, si no eres capaz de dar en las barrenas de una sola vez. Y cuando estaba en la mina, caía el sudor a chorros sobre mis manos, temblaba mi cuerpo entero al golpear en el hastial. Mientras la barrena ocupaba su sitio, la amargura agujereaba un foso maloliente en mi corazón, la amargura entraba a golpes y poco a poco me horadaba sin que supiera en qué momento estallaría dentro de mi pecho. Un golpe cada burla, cada ausencia. Golpes y golpes cayendo en el hastial, desmoronándolo, emborronando la luz, derribando mis entrañas.



Pero ahora me he tranquilizado. Ya está. No siento celos, no me mueve el dolor como antes, no tiembla mi garganta por el desorden. Se ha roto el hastial, como debe ser, y he descubierto lo que guardabas. No merecía la pena.

Ya ves, Lola, te lo digo hoy cara a cara, pero quién lo iba a imaginar anoche. Tantos días haciendo el turno de planta y volviendo de madrugada. En qué mal momento lo cambié sin avisarte, sin avisaros, ni a tí ni a él. Todavía estoy ahí parado, Lola, con la respiración partida en el vientre, y os veo en la cama y os oigo, siento vuestros jadeos en mi propia garganta, tengo un tajo metido dentro de las tripas como los colmillos de un animal rabioso. Todavía noto que os levantáis, que tú te cubres la cara con las manos y gritas, y dices Dios mío, Dios mío, y éso que no conoces a Dios. Y le veo a él, y oigo su voz torpe, mientras da dos pásos hacia mí, se esconde a medias en la colcha, retrocede otra vez, pálido como un muerto, susurra:

-Hijo mío, deja que te explique...

Quién lo iba a imaginar anoche, que volvería a casa y comprendería tantas cosas incomprensibles, los celos de él, su rabia, su mirada de sombra, aquel Antonio esa mujer no. Y tú, que me parecías tan niña, desde cuándo, y cómo, y por qué no me hablaste.

Ahora dejo que alguien cierre tus ojos de cristal, quietos y sin vida. Que te cubran la desnudez con una sábana limpia mientras mi padre, derrumbado, me mira sin saber qué decir. Yo sé que se asombra de mi valor, de mi precisión.

Todo estuvo bien calculado. Tú misma lo dijiste. Debía aprender, ser capaz de golpear. De pronto, había encontrado el sitio exacto. Y aquella barra de hierro tan cerca, y mi mano tan firme, y tu nuca tan leve.....



CUATRO FRAGMENTOS EXTRAÍDOS Y
ESCOGIDOS DEL LIBRO EN GESTACIÓN

“*CARTAS DESDE EL FRENOPATICO*”

DEL ACLAMADO AUTOR DE BEST SELLERS

Martín Romero Moreno



1
Bebo parsimoniosamente en copa grande un Soberano, “cosa de hombres” decían los anuncios de este brandy cuando yo era niño; pero los tiempos cambian, y hoy comparto mi botella con una mujer más bebedora que yo (por cada copa que tomo ella se echa dos al colete). Ella bebe para olvidar un gran amor, yo bebo para olvidarme del caballo al que he estado enganchado durante dos largos años. Bebemos en la noche, tragamos la sal podrida, diluida en alcohol, de las derrotas. Sentimos en la noche, palpamos las huellas del fracaso y nuestras lágrimas lamen las heridas de todos nuestros sueños destrozados, de nuestras caducadas y necias ilusiones. Soberano: cosa de exyonquis, cosa para olvidar amores que ahora son fotografías, pedazos de madera, bocanadas de sangre.

2
Cantarme, celebrarme yo mismo, como el puto Walt Whitman. Si tuviera reaños, si tuviera coraje (hace falta coraje), si mis cuerdas vocales fueran como oro en paño y no estas agonías afónicas y ásperas con la piel de estropajo. Si tuviera, al menos, algo que celebrar en mi estúpida vida. Algo: un instante, un abrazo, un orgasmo, un glorioso fracaso, un vómito de sangre en el centro del asco. Pero no tengo nada, detesto los cantos y las celebraciones, poseo un cerebro inorgásmico, y te desprecio a tí, viejo y jodido Walt, mari-cón de tres al cuarto, ebrio del semen turbio de todos los muchachos, muerto glorificado, siempre a orillas de Hudson, cantando a las naciones, apestando a multitudes y hediendo a hipócrita humildad, siempre cantando a un mundo que no existe. Vanidoso indecente, barbudo impresentable, hoy me has dado, por fin, algo que celebrar: tu cuerpo hecho cenizas y tu alma putrefacta; porque ya nadie, ni siquiera los poetas creen en tí.



el espejo

3

Juan Ramón Giménez (lo de la ge es para joderle, para que se fastidie y me maldiga desde lo más profundo de su tumba) se denominaba a sí mismo “ruiseñor”, el hijo de puta no necesitaba abuela. Puestos a elegir prefiero a Joselito, el ruiseñor de las cumbres, creo que cantaba mejor que ese experto en la cursilería y el hedonismo lírico. La primera vez que ví su careto, el de Juan Ramoncito, fue estampado en un sucio y prosaico billete de dos mil pesetas, y el tipejo iba por el mundo de pureta, lo único que le hubiera faltado al billete era haber puesto bajo su rostro infame la siguiente inscripción: Juan Ramón Jiménez, poeta de España por la G. de Dios.

4

Acabo de ver la película “*El cartero y Pablo Neruda*”. Hay una escena en la que el cartero pregunta al poeta sobre el significado de su verso “El olor de las peluquerías me hace llorar a gritos”, Neruda no le responde, yo supongo que éso le pasaba por ser calvo. Me imagino al poeta arrodillado en mitad de una peluquería, llorando a gritos ante el asombro de peluqueros y clientes, con las manos extendidas sobre su cabeza desnuda.

Neruda, el pobre, era el poeta del amor aunque físicamente dejaba mucho que desear, las mujeres siempre han preferido a Rodolfo Valentino, al Rodolfo Valentino de turno o a un negro, como los que le gustaban a su amigo Lorca, con una polla de cuarenta centímetros.



el espejo



ABRIL PARA GERARDO

ABRIL y noche en Aranjuez, Gerardo;
entera noche que unce soledades.
La tarde a mi pupila convocada
ha sucedido, y vuela como un mirlo.
Se extravía la nostalgia en los álamos
altos, las sombras que estallan, los muebles
cansados, la tibieza de los libros....

De trigo tu palabra en el venero
que crece y nos revela; trigo y luz
al alto don, el claro cereal
alzado en voz, en música cumplido.
Absorto entre lluvia que abrelea
ha vuelto a la estatura de tu verso,
a sentirme menor en tus poemas,
nocturno peregrino que desposa
floración de la nieve decidora.
Como deuda de luz, de Gerardía,
hoy te traigo al poema, te pronuncio,
que vengo de vivirte en un soneto
-luz de Silos que el hombre reconoce-
temblor que permanece en tus palabras,
aquellas que poblaron el verano
en la bahía tan blanca del pecho,
las que fueron mordidas del olvido,
parte tuya en el poema del mundo,
el sitio de tu voz aquí guardado.

Abril y noche en Aranjuez, Gerardo;
la yunta de la luz y tu memoria,
tu verbo tan azul que me convida
a comulgar las rosas del silencio.
Y para ser afluente de tu vuelo.

Juan Carlos Rodríguez Búrdalo



Juan Ramón Carrasco Gerardo, para que se
laudie y me agobia de su profundo y turbio
deponerme. Puro no necesita
la culpa. Puro no necesita
luzes, con que el mundo se agobia y el
heredamiento. Puro, el de Juan
Ramón Carrasco Gerardo, el de Juan
mil solo de este mundo. Puro, el de Juan
poetas, y el mundo se agobia y el mundo
había al mundo se agobia y el mundo se agobia
inclinarse. Puro, el de Juan Ramón Carrasco Gerardo, el de Juan Ramón Carrasco Gerardo.

Con los ojos nublados por un turbio presagio
se inclinan a beber los animales puros

oh ríos de mi cuerpo

cuando la madrugada es una piedra que arde.

María José Flores



LAS SOMBRAS FIJAS

Qué fácil hubiera sido huir
o morir,
o fundirse en la borrasca,
con las voces, con las barcas
que asumen el horizonte
finitas y repletas de nada.

Ahora tráeme la multitud
y el pantano y las sombras fijas.
Sobre mi posarán la violencia del hombre:
un susurro de pasos huecos.

Mientras tú te pierdes
y te buscas
en las horas muertas del invierno,
sóla,
con una breve mancha del dolor de todos.
Te ruego que entres en casa,
en esta casa sin dioses ni puertas
sin dolor, siquiera, ¡espera!,
sin sus lámparas nuevas,
sin la menor sombra de ella
donde a ratos se cruzan
los santos de todos mis recuerdos.

Pechos niños, niños juegos
niños combates de amor naciendo,
amor hundiendo, amor sin fuego
urgente ausencia de ausente cielo.

Firmaremos la paz
en un viejo contorno azul
del corazón, deshabitado.
Con ropas de silencio,
y guantes de ternura,
áspero y fiero, el tiempo
nos llevará prendidos.

Daniel Casado

14 febrero 1996.



AHORA, CASA POR CASA.

Ahora, casa por casa,
a lomos de visitas perdidas,
moviéndome en el salto del silencio,
comprensión que atenaza
la solidez oculta de este ruego,
de esta forma sutil de abaratar la vida.
Así y todo,
apiñando esta súplica de merecer ser otro,
acabado de amor y no extinguido,
enfrente de esta hora
en la que nada tiembla, sino yo
que me hundo en la esquiva ceniza de una rosa,
en su arraigo de flor
que arrastra una erosión de historia.
Ahora que el invierno está en vilo
y la captura del secreto es una viva voz,
¿qué puede esta renuncia de lluvia
contra el clarecer huidizo de mayo?
Ya se está haciendo tarde.
No espero ese sonido de campana
que tiembla en el consuelo de los hilos,
ese color incierto de la noche
como revelación.
Ahora, casa por casa, sigue entrando
la sed envejecida de otro día.

José Antonio Zambrano



A modo de intenciones

Para el que anduvo a pájaros perdido
por el azul risueño de los días
es la música paciente de estas líneas.

Que los poemas sean
mis nombres
y el único discurso de mis labios.

*"No he sido la plenitud en el vacío
ni en las treinta y dos señales
del Buda: soy un cuerpo de diamante"*
Octavio Paz

De mañana el librero se ejercita
en disponer los anaqueles
y ojea de pasada
un último almanaque.

Se pasea mientras fuma
entre los libros y la calle,
conversa con la historia
y los que pasan.

Por única respuesta
el cántaro
que engulle cristalino
el chorro de agua.

Tiempo y leguas contenidos
en la arcilla,
ciénagas, ayer cascadas,
cuerpos desnudos del verano,
mansos ríos, tendidos, apacibles.

Alfredo Gordillo



el espejo

MI SINO ESTABA ESCRITO EN EL TEXTO

NO PUEDE PASAR POR ALTO, LA INJUSTICIA DE TIRAR lejos la piedra en la que se tropieza, por el HECHO DE QUE, MEDIO TAPADA, PACIENTE ESPERA, QUE alguien despistado, mirando para otro lado (o donde NO DEBE), TENGA UN TRASPIÉS Y CASI CAIGA. No disculpemos al "voyeur", por no estar en lo QUE ESTAMOS. LA PIEDRA, ES LA ÚNICA QUE ESTÁ EN su sitio.

BASTANTE TIENE, CON SOPORTAR LA MEADA DEL NIÑO o la cagada del perro, que sin recato, agacha SUS CUARTOS TRASEROS Y ECHA LA FIRMA, SIN MÁS reparo, que esos dedos cruzados del hombre que PASA POR LA OTRA ACERA.

Joaquín Gómez.



el espejo

CARPE DIEM

PLENITUD DEL VACÍO

*"No bebí la plenitud en el vacío
ni vi las treinta y dos señales
del Bodisatva cuerpo de diamante"*

Octavio Paz

PADMA

(Loto Rosado)
Nace con el deseo
la sed
de lo finito
es la forma hecha carne
los pezones se yerguen
como lotos
buscando al sol
y mis pechos
maduran
bajo tus ojos.

KAMALA

(Loto Rojo)
Sobre mi piel
eterno mediodía
cuerpo que multiplica
sus fragancias
dedos de luz
fluye tu sangre
lava incandescente
prodigio mineral
tierno diamante.



el espejo

UTPALA

(Loto Azul)

Todavía
en mi recuerdo
permaneces
con el perfume intenso
del nenúfar
extraña noche
sabía
que cierra en torno a sí
todos sus pétalos.

KUMUDA

(Loto Blanco)

Como la luna
crece en el cielo
del atardecer
en este estanque
solitario
despliego mi abanico
así tras la pasión
ya sosegados los sentidos
llego al nirvana.

Pilar Fernández.



CARPE DIEM

Pan y toros, deportes.... Como in illo tempore,
constante, sin desfase, acontecimiento nacional,
en el paso de los días;
reformas progresistas, largos parlamentos,
señuelos redentores, espejismo en un punto utópico,
en el horizonte infinito...

Hacia allí caminan los hombres, las mujeres,
de toda índole: optimistas, desilusos,
escépticos, cansinos, violentos energúmenos,
burladores, impíos, hundiéndose en el polvo,
en el fango del camino...

Como una frenética danza prima
o una dantesca cuerda de presos.

No digo que la nave del Estado
o la barca de la Iglesia no boguen
entre esperanza y miedo;
se suceden las estaciones
en la implacable rueda del tiempo...
placer, dolor, guerra y paz,
amor, odio, sombra y luz...

¿Qué mano nos librará de este
zafio rally sin sentido?

Cada cual adorna su faena, de salón
o para la galería,
con viso de panacea
en este termitero planetario;
cada cual coge a su gusto
la flor del día...

y basta un soplo, un santiamén,
para que la bengala triunfante de la ilusión
estalle en barrena,
y caiga como el rayo
herida en mil colores;
irreversible menester, sin solución, a lo Espriu,
extinción de pavesas, oscuridad, silencio...

3 enero, 1989.

Jacinto Martín Pájaro



el espejo

Pan y toros, deportes... Como in illo tempore,
 constante, sin decaer, acontecimiento nacional,
 en el paso de los días.
 reformas progresistas, largos parlamentos,
 señores rebentados, espejismo en un punto lejano,
 en el horizonte infinito...
 Hacia allí caminan los hombres, las mujeres,
 de toda índole: optimistas, desiluidos,
 escépticos, canchales, violentos entusiastas,
 hundidores, impíos, hundidos en el poder,
 en el largo del camino...
 Como una fricción entre dos pedras,
 o una dantesca curba de puros,
 No digo que la nave del Estado
 o la barca de la Iglesia no posean
 entre espumas y miedos;
 se suceden las estaciones
 en la implacable rueda del tiempo...
 placer, dolor, guerra y paz,
 amor, odio, sonrisa y luz...
 ¿Qué mano nos librará de este
 xalfo tal y sin sentido?
 Cada cual adora su fama, de salón, de teatro, de
 o para la galaxia,
 con vino de panacea
 en este territorio plantarier; omeida en el
 cada cual coge a su gusto
 la flor del día...
 y basta un soplo, un santiamén,
 para que la beagala triolante de la lluvia
 caiga como el rayo
 berrida en mil colores,
 irreversible momento, sin solución, solo hábil,
 estación de pures, ocurrencias, abstracción...

Jacinto Martín Yéjoro
 1988



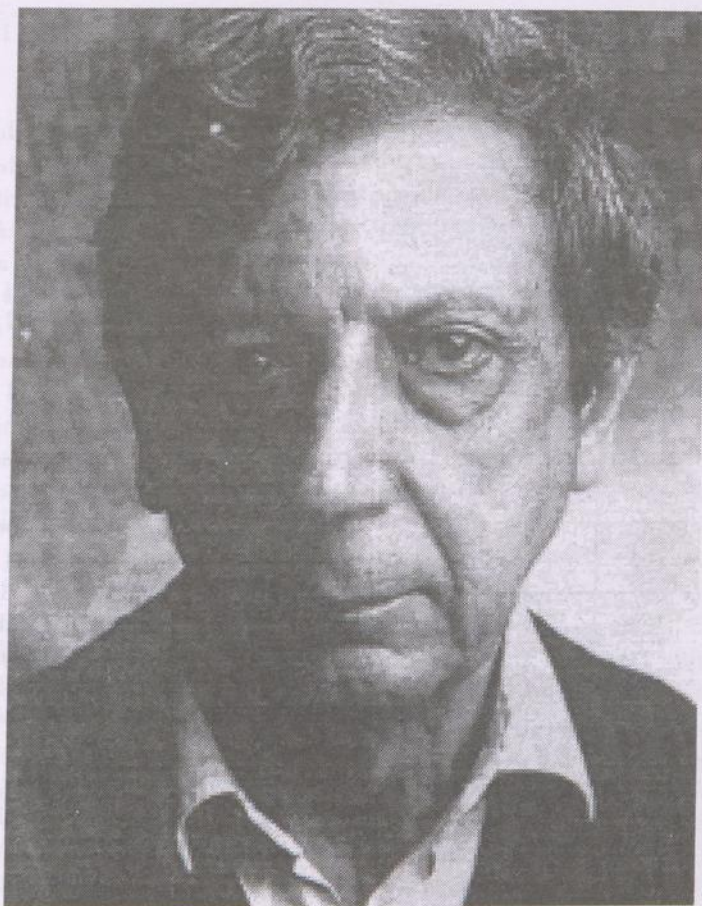


Foto: Willy Valverde

José María Valverde
(1926 - 1996)

José María Valverde (Valencia del Alcántara, Cáceres, 1926 - Barcelona, 1993), poeta y pensador español.

Se doctoró en Madrid en 1952 con una Tesis sobre la filosofía del lenguaje de W. von Humboldt. Fue lector en la Universidad de Roma de 1950 a 1955. Desde entonces fue catedrático (en los últimos años emérito) de Estpética en la Universidad de Barcelona. En 1965 dimitió de la cátedra por motivos políticos, siendo repuesto en ella en 1977. Desde 1968 a 1977 fue profesor de literaturas hispánicas y comparada en universidades canadienses. Sus libros de poesía están recogidos en *Poesías Reunidas (1945-1990)*. Entre su extensa labor de traductor destacan sus versiones -del alemán- de Rilke, Hölderlin, Goethe, Morgenstern...; y del inglés, el teatro completo de Shakespeare, el *Ulysses* de Joyce, Melville... También ha traducido el *Nuevo Testamento* y colaboró en la versión castellana de la liturgia católica. En 1991 recibió el Premio Nacional a la labor de toda una vida de traductor. Obras de crítica e historia: *Estudios sobre la palabra poética* (1952), *G. de Humboldt y la filosofía del lenguaje* (1955), *Historia de la literatura universal* (en colaboración de M. de Riquer, 1957-58: en su tercera edición, 1.984-87, esta obra alcanza 10 volúmenes, de los que J.M.V. es autor del 4º al 10º), *Cartas a un cura escéptico en materia de arte moderno* (1959), *Azorín* (1972), *Antonio Machado* (1975), *El Barroco: una visión de conjunto* (1980), *Joyce* (1980), *Vida y muerte de las ideas: Pequeña historia del pensamiento* (1980, ed. ampliada 1989), *La mente de nuestro siglo* (1982), *Breve historia y antología de la estética* (1987), *Viena: fin de un imperio* (1990), *Cervantes* (1991), *Nietzsche, de filólogo a Anticristo* y *Diccionario de Estética* fueron sus últimas obras publicadas. Entre sus numerosos artículos, los últimos versaron fundamentalmente sobre temática estrictamente política, especialmente como crítica al "nuevo orden".

En este encarte reproducimos algunos artículos y semblanzas publicadas en un monográfico que el diario regional HOY y la AEEX, coordinado por Ángel Campos Pámpano, dedicó a la figura del hoy desaparecido pensador y poeta.

CIPRES FLORECIDO DE LENGUAJE

José Jiménez

De pronto arranca la memoria, / sin fondos de origen perdido: los versos son un espejo. Del lenguaje. Del poeta. Un ciprés humanizado, pleno de corazón. De humana ironía. De pasión ensimismada al pulsar, cada instante el sufrimiento del mundo. Sus ojos torrenciales filtran la luz en la sonrisa. El mundo no está bien hecho. El mal existe.

Pero vivimos. Y el ciprés eleva su memoria en el arco del tiempo. Asumir el fatalismo inevitable. Los seres humanos alcanzan pocas veces la imagen enaltecida, estilizada, que su vanidad traiza. Nos quedamos bastante acá de la conquista. Del fuego. De la verdad. De la luz.

Fatalismo rebelde, porque sabe, también, que todo germina en la palabra. Doble y mentira. Pureza y generosidad. Consciencia humana, consciencia de sí: "*doblando sobre sí el hablar*". El ciprés: profesor y poeta, artífice del lenguaje, proyecta su palabra en la ingravidez de los cielos. Desde sus raíces de tierra extraviada.

Perdida al tener que erguirse. Desdoblarse en posición erecta. Esa manía o enfermedad, que brota también del lenguaje. Desvío. Aventura. Delgadísima trama, pasarela zozobrante a través de la cual pretendemos alcanzar el máspreciado bien: el otro, los demás.

Pero el ciprés es un pájaro solitario. Sabe que la palabra es la máxima ofrenda. Abre, con ella, su corazón a otros corazones. Pero no olvida la soledad. Porque allí donde el lenguaje pretende traspasar los límites se retuerce en círculo. Quebradiza y fragmentaria comunicación. Pero experiencia intensa, intensísima, de la soledad: la almendra del lenguaje. Blanca y amarga.

¿Creer? Dejarse llevar por el ángel del lenguaje. Por esas alas sutiles, cansadas y heridas, que baten "con sombra de tristeza de tiempo". Que acompañan al hombre en su viaje. Así se teje el argumento. La conquista de este mundo. Itinerario. Hacia la muerte. El ciprés florecido de lenguaje: José María Valverde.

JOSE MARIA VALVERDE: HE DO THE POLICE WITH MANY VOICES

Fernando Castro Flórez

En el prólogo a su traducción del *Ulises* de Joyce, José María Valverde señala que hay un elemento inactual en esa obra. La memoria verbal del autor nos falta, el cosmos de citas y fragmentos que componen el libro suena, en gran parte, extranjero. Hay una exigencia de memoria que, en la contemporaneidad sometida al vértigo de la información, es casi una llamada nostálgica: “la educación -declara Valverde- y la técnica contemporánea están debilitando y desprestigiando la memoria -sobre todo en cuanto a memoria verbal-. Ya los niños no aprenden versos de memoria en la escuela, y se considera elegante, y aún típico de un intelectual, presumir de mala memoria”. No es este el caso de José María Valverde, con los versos de un poema permanentemente en los labios; su enseñanza es principalmente un ejercicio de la experiencia narrativa tal y como Benjamin la extendiera en su ensayo sobre Leskov. Ha recreado la historia de la literatura universal con el rigor y apasionamiento del que ha pasado la enfermedad lingüística finisecular. La amarga lucidez que sintieron Hofmannsthal, Kraus, Schnitzler o Ingeborg Bachmann, es un hacerse consciente del hecho de que el pensar no existe si no es lenguaje, en unas palabras y una gramática que alguien usa en un momento dado. Por medio de sus traducciones, sus poemas y sus ensayos, Valverde ha protegido la memoria total del lenguaje que, como en Kraus, está guiada por un profundo instinto moral. Recorriendo los restos de una cultura nihilista, ha actuado sin desesperación, al contrario, su voz ha mostrado ciertas simpatías. En su ensayo introductorio a las *Poesías reunidas* de Elliot, Valverde señaló que la vigencia de ese poeta se encuentra tanto en el hecho de ser expresión de nuestra civilización agonizante cuanto en el acierto de una voz que se manifiesta irónicamente. Valverde ha sido un auténtico maestro acumulando fragmentos, dándoles sentido, “haciendo la policía con varias voces”, dando vida a lo que aparentemente estaba muerto. Esa es la esperanza que resplandece en la tierra baldía: memoria de nuestra experiencia poética.



4

Valverde

Rafael Argullol

Es difícil tratar de sintetizar la trayectoria intelectual de un hombre como José María Valverde que ha recorrido en su camino territorios tan amplios. Sin embargo, creo que, a pesar de esta dificultad, puede indentificarse un centro alrededor del cual se configura la obra de Valverde y casi me atrevería a decir el mismo Valverde como obra (como ser humano). Este centro -él lo ha insinuado numerosas veces- es el lenguaje.

Naturalmente es un lugar común de nuestra época moderna la conexión entre lenguaje y pensamiento. Pocos se atreven a manifestar lo contrario. Pero en el caso de Valverde la precisión a este respecto es importante porque en él el lugar común de la teoría se convierte en impulso propio, sustancial, que vitaliza, en toda su profundidad y asimismo en todos su matices, la relación que sostiene con el mundo. El lenguaje es la única arcilla con que podemos realizar las figuras que oponemos al silencio. De ahí que las distintas facetas del cometido intelectual de Valverde -como escritor, como traductor, como profesor o, sencillamente, como conversador- sean sucesivas indagaciones en esa arcilla que en conformación más estricta, toma la forma de poesía.

Pienso que para José María Valverde el poema es la carne íntima y desnuda del lenguaje. Por eso, por encima de todo, su orientación es la del poeta. Porque estar en el mundo es lo mismo que ser de palabra.

EL AMIGO LISTO Y FEO

Francisco Umbral

Poeta, traductor, filósofo, historiador de la literatura, crítico, etc. En la relación de méritos de José María Valverde se les ha olvidado añadir, a sus promotores, el título de "cristiano", que para mí es muy importante, porque es el que más le define y, sobre todo, porque yo tengo muy pocos amigos cristianos o católicos.

A Valverde lo leíamos de pequeños en la revista "Estría", fascinados por el poeta. Recuerdo asimismo sus "Estudios sobre la palabra poética". Pero todo esto pertenece a la arqueología de nuestra amistad, que diría Foucault. Cuando vino de su Canadá del exilio me habló de mis libros con pasión de recién llegado, sin la reticencia mezquina de quienes convivimos y nos tiramos cuchilladas a diario. José María Valverde es mi amigo listo y feo, un hombre que no dice una sola palabra en vano y que por eso ejemplifica bien al cristiano primitivo que él quisiera ser, a contracorriente de sus muchas teologías y sabidurías. Valverde, visitador continuo de las culturas más abstrusas, ha llegado como poeta, por rechazo de todo eso, a la sencillez de un Vallejo puesto en limpio, a la pureza literaria y humana del naif que lleva dentro, concéntrico a sus plurales intelectualismos.

Su poesía de pan y sal, pienso, es, aparte una fiesta de niños y de pobres, de tontos y hombres justos, una burla que Valverde se hace a sí mismo y a sus pretenciosos joyces y hölderlines. Para mí es un amigo listo y un maestro feo, pero siempre fecundo.



6

Valverde

José Luis L. Aranguren

José María Valverde entró muy pronto en el círculo de los mayores, de los poetas de mi generación y en su primer libro *Hombre de Dios*, amparado en ellos dio un giro abiertamente religioso a la poesía existencial, como yo la denominé, que ellos practicaban. Yo le conocí en el año 1945 y su libro siguiente, *La Espera*, significó ya una nueva etapa que yo denominé de “despedida y umbral”: despedida “ante el tiempo”, como él escribió, salida a la vida, adiós al pasado, traspaso de un umbral que dió acceso a nuevas “esperas”, fieles, sin embargo, a lo que ya había sido y seguiría siempre siendo. Estudiante de la filosofía, obtuvo la cátedra de Estética de la Universidad de Barcelona el mismo día y casi a la misma hora, un poco antes, que yo la de Ética de la Universidad de Madrid.

A partir de entonces comenzamos a vernos con menor frecuencia. Pero diez después, en 1965, me sorprendió, pues yo le reputaba totalmente ajeno a estas lides, con la voluntaria, espontánea elección de una suerte hermana de la mía, su abandono de la cátedra: la ética y la estética, que habían entrado juntas en la Universidad, se iban de ella juntas también. Aunque como ya he dicho, yo ya no le trataba, él en Barcelona, yo en Madrid, con asiduidad, me inclino a pensar que esta su decisión dió comienzo a una actitud “política” que yo hasta entonces ni le conocía ni siquiera sospechaba de él.

La circunstancia nos separó físicamente todavía más: yo, tras diversos cursos y conferencias en Europa y América, acá y allá, me establecí en California y él, tras una breve estancia en los Estados Unidos, y por razones a las que no fueron ajenas las políticas, se fue al Canadá: “despedida” de la cátedra y de la patria y traspaso de nuevos “umbrales”. Me pregunto cómo fue su evolución. Cuando repuestos en nuestras respectivas cátedras, le volví a ver, le encontré sana y abiertamente politizado, sin que ello mermase, en absoluto, su dedicación intelectual y estética. Politización totalmente ajena a cualquier adscripción política establecida, pero entera y entusiastamente entregada, incluso en el servicio “material”, a las causas perdidas o en trance siempre de perderse.

Esta es la imagen que yo guardo, como oro en paño, de José María Valverde, un hombre que, fiel a sí mismo, está siempre en “despedida” y “espera”, traspasando todos los “umbrales” y -aquí la “esperanza”- manteniendo una actitud de nueva izquierda que no sabemos cómo ni cuando advendrá. De la poesía a la teoría, de la estética a la política, sin dejarse nada atrás.

JOSE MARIA VALVERDE, UN FILÓSOFO SIN AFECTACIÓN

Javier Muguerza

I

Dentro de la secta arangureniana, a la que José María Valverde y el que esto escribe pertenecemos por igual, a él le ha correspondido desempeñar algo así como un papel de hermano mayor. Y la edad, ciertamente, no es la única ni la principal razón por la que los hermanos menores podríamos haber tendido a contemplarle a una distancia respetuosa. Quien conozca a José María Valverde, sin embargo, sabe bien que no es hombre dado a guardar o hacer guardar las distancias. La sencillez, entendida a un tiempo como virtud ética y dianoética, es uno de los rasgos de su personalidad que a mí más me han atraído desde siempre, quizá por lo infrecuente que resulta en un ambiente intelectual como el nuestro, demasiado propenso a las efusiones retóricas, cuando no a los alardes despiadados de pedantería. En lo que sigue, querría espigar dos o tres muestras de dicho talante, de las que me valdré para contribuir a este homenaje al que amablemente me invitan los paisanos de José María Valverde.

II

Poco después de haber sido Aranguren separado de la Universidad en 1965, un grupo de amigos editamos en Barcelona un volumen de ensayos -Teoría y Sociedad era su título- destinado a celebrar el sesenta cumpleaños del maestro. En la lista de colaboradores del volumen no podía faltar José María Valverde, que acababa de tener el gesto insólito de abandonar su cátedra en señal de protesta y solidaridad. Pero la colaboración que nos envió no era un sesudo ensayo "de índole filosófica, sociológica o política", según rezaba la convocatoria, sino sencillamente un poema. Un poema, eso sí, soberbio - "El profesor de español"-, escrito ya en el exilio "entre la niebla o la nieve, entre el gris del tráfago / de algún país industrial, en medio de lo extraño", donde "el español que vive de andar enseñando / su modesto lenguaje, hecho pan como por milagro / se vuelve a mirar lo suyo, remoto y vago / de los sus ojos tan fuertemente llorando". Sus referentes culturales no eran allí la filosofía analítica o dialéctica, los conceptos de ideología o clase social ni los movimientos políticos o el desarrollo económico, sino exclamaciones surgidas de las profundidades del alma colectiva, como la de "Dios, qué buen vasallo si hubiese buen señor" en tanto que aplicable a todo un pueblo. Y Per Abbat, el Arcipreste, Fray Luis, José Martí o Antonio Machado permitían reposar por un momento a los muy fatigados Popper, Adorno, Austin, Dahrendorf o Marcuse. Después de todo, sólo de



8

Valverde

la poesía -por más desconcertante que fuera su irrupción en tal contexto- podía venir en aquellos años el recordatorio, con que Valverde concluía, de que no hay mal que dure cien y de que vida es esperanza.

III

Cuatro lustros más tarde, con ocasión esta vez del ochenta cumpleaños de Aranguren, los editores del libro *Ética día tras día* volvimos a solicitar un texto de Valverde. El que nos remitió se titulaba "*La máquina de escribir de Nietzsche y la filosofía como lapsus linguae*", y no tenía tampoco desperdicio. Hacia las Navidades de 1881, Nietzsche incurrió, al parecer en la debilidad de hacerse con un modelo un tanto primitivo de máquina mecanográfica, cuyo efímero manejo no dejó de repercutir de algún modo, al decir de su amigo Peter Gast, en el estilo de la escritura. Que la máquina de escribir, como hoy el ordenador, pueda ejercer esa repercusión sobre el estilo tal vez sea discutible, en el sentido, por lo pronto, de que merecería la pena de la discusión. Lo que nadie discute ya, después del llamado "giro lingüístico" de la filosofía contemporánea, es que el lenguaje condiciona el pensamiento, según Herder señaló a Kant y Humboldt tuvo luego ocasión de teorizar. Nietzsche, que no en vano era filólogo y no filósofo de profesión, mostró ser plenamente consciente de todo eso, aun cuando no dejó de adoptar ante el lenguaje una actitud ambivalente. El lenguaje puede ser como el aire cuya resistencia permitiría volar a la paloma del pensamiento, en una versión actualizada de la célebre metáfora kantiana, pero también podría servir para enjaularlo o cuando menos para recortar la absoluta libertad de su vuelo. En cualquier caso, el reconocimiento de que pensar no es sino hablar, impone a la filosofía una saludable cura de modestia. Y hasta cabría esperar que los filósofos se preguntaran a partir de ahí si la propia filosofía no será, al fin y al cabo, un "desliz de la lengua", esto es, el resultado del intento de decir más de lo que es posible decir. Algunos filósofos clarividentes, como Wittgenstein, se hicieron, efectivamente esa pregunta, mas sin por ello resignarse a un silencio no menos imposible. Otros, como Heidegger, trataron de escapar de esa situación paradójica por vías bastante más artificiosas y, ¿por qué no decirlo?, más tramposas. En cuanto a Valverde, considera hartamente más interesante plantearse la pregunta que tratar de responderla aventurando alguna tesis campanuda sobre "el porvenir de la filosofía", una filosofía a la que solo cabe desear que haya aprendido la lección de humildad que se desprende de su caída del caballo en el camino de Damasco del lenguaje. Como Aranguren ha recordado repetidamente a propósito de la metafísica, pero sería extensible a la filosofía en general, lo realmente importante de esta última son en definitiva las preguntas más bien que las respuestas, cosa que los filósofos olvidan cuando olvidan que lo suyo no pasa de constituir una ignorancia y, para colmo, ni tan siquiera siempre docta.

IV

La tercera de las instantáneas de José María Valverde que quisiera recoger aquí tiene también que ver con Aranguren y procede de un texto inédito, integrado en un semblanza de éste escrita conjuntamente por su hijo Eduardo, Valverde y yo mismo para un Retrato pendiente de publicación. He aquí como nuestro hombre relata los acontecimientos que le llevaron a despedirse de la

Universidad en 1965: "No sé si se recuerda ahora lo que entonces pasó, porque cuando volví a dar mi primera clase en 1977, tras estar ausente durante más de quince años, una alumna me dijo al terminar, sin duda como portavoz de todos "Y usted, ¿cómo se llama?". Una gran asamblea estudiantil madrileña, en la ciudad Universitaria, redactó en 1965 unas conclusiones y peticiones, dirigiéndose al Rectorado para presentarlas -aun sin esperar respuesta-, llevando por delante a un pequeño grupo de profesores, encabezado, claro está por Aranguren. El camino era muy largo, y la policía tuvo tiempo sobrado de caer sobre aquella manifestación con chorros de agua y porrazos contundentes. Los profesores fueron metidos en coches policiales y paseados por extraños itinerarios como si fueran a eliminarlos. Luego se abrió el "expediente"... Pasaron unos meses, llenos de rumores contradictorios... El caso es que en agosto de aquel año -tales cosas se hacen siempre en agosto- el BOE decretaba la "separación del servicio" definitiva de los profesores José Luis López Aranguren, Enrique Tierno Galván y Agustín García Calvo, así como la separación temporal de Santiago Montero Díaz -aquel ex-jonista, tan extravagante como culto-; también echaron a un pobre profesor de Formación Política pasado al enemigo en esta ocasión. Desde las secuelas de 1939 no se había expulsado a nadie, y un escalofrío recorrió el país, con ecos en el extranjero. En cuanto a mí -que me había venido radicalizando en mis opiniones políticas a lo largo de esos años- pensé que aquella podía ser la ocasión apropiada para romper vínculos con el Régimen, y presenté mi instancia, con póliza y todo, pidiendo el cese "por motivaciones de índole personal", pues si hubiera dicho que era de índole pública no me habrían admitido a trámite el documento. Después hice un collage con una foto mía, revestido de toga académica, junta a una pizarra en la que escribía "Nulla aethetica sine ethica, ergo apaga y vámonos", y se la mandé a Aranguren. Ese es el chiste que luego me estropearían convirtiéndolo en una declaración solemne del tipo de "Más vale honra sin barcos...etcétera". José María Valverde, como vemos, no se limita a desmitificar la filosofía, sin duda por pensar que la desmitificación bien entendida, como la caridad bien entendida, ha de empezar por uno mismo...

V

Que Aranguren haya estado apareciendo todo el rato en estas líneas no es ninguna casualidad, pues se le ha atribuido con justicia una influencia decisiva en la transformación de la oratoria filosófica patria, otrora hierática y altisonante como si se la impartiera desde un púlpito, hasta llegar a distenderla en amigable conversación. La sencillez de José María Valverde responde, pues, a un cuño de familia. Y a mí, personalmente, me gusta representármelo a la manera de un maese Pedro -más risueño e irónico que adusto- que, con éxito variable, nos repite a los aprendices de filósofo un consejo sin precio: "Llaneza, muchacho; no te encumbres, que toda afectación es mala". Por lo que a mí respecta, podría haber igualmente subrayado otras virtudes no menos admirables de José María Valverde, como la sabia hondura de sus reflexiones, la rara amplitud de sus conocimientos o la terca firmeza de su compromiso con el tiempo y la sociedad que le han tocado en suerte, no sé si buena o mala. Pero he preferido detenerme en aquella, por lo que, de acuerdo con mis predilecciones, me despediré también ahora con afecto mas sin afectación, limitándome a enviarle un fuerte abrazo.

(Historia de la Filosofía)

Entro en el aula, empiezo a hablar a un ciento
de caras mal despiertas: por un rato
sobre sus vidas, rígido, desato,
cumpliendo mi deber, el frío viento

del Ser y de la Nada, de la Idea
y la Cosa; la horrible perspectiva
de vértigo que se ha hecho inofensiva,
espectáculo gris, vieja tarea.

Si alguno, casi inquieto, se remueve,
los más sueñan, o apuntan, o hacen ruido.
Pero basta: es la hora ya. De nueve

a diez, vieron el Ser, ese aguafiestas;
prosigan su vivir interrumpido:
yo vuelvo a mi silencio sin respuestas

(De *La conquista de este mundo*)



Dialéctica histórica

Este amigo marxista se preocupa
mucho porque su niña tiene tos.
Trascendental, severo, descendiente
de su esfera de planes y de ideas,
esconde su ternura y analiza
a la niña y su tos, como si fuese
un caso de dialéctica en la historia.
Y es verdad: esa tosuena a otras toses
de mis niñas, y me entra por el pecho.
Claro, no será nada. Crecerá,
tendrá también sus niñas, con sus toses
y su amor, y un marido que, tal vez,
luchará por la historia y su esperanza.
¿Y hasta cuándo después? ¿Hasta el gran salto
hacia la libertad, sin tos, sin deudas,
sin negritos hambrientos en el mapa,
y "a cada cual, conforme necesite",
y cultura y reposo? ¿Y nada más?
Este amigo marxista, tierno padre,
¿no ha de querer la clara alienación
de amar y ser amado aun tras la muerte?

(De *Años inciertos*)



Noche oscura

La noche de Icaro

Oigo, sin sueño, aullar sirenas:
ahí está el mundo, extraño, todo
de sonámbulos fatigados,
de costumbres de hambre y hastío.

He visto al conductor del Metro:
va y viene, va y viene, sin día,
no sé cuántas veces, y todo
por su familia y por un trago.
Y el gran abogado lo mismo,
y el reluciente financiero
dan a sus norias: no lo harían
sin su cheque, leve y potente.

De qué nos sirven las estrellas
y el balbuceo metafísico,
y los crepúsculos, y el arte,
colgado, impreso, esterofónico.

Hay gente y gente en horizontes:
un temor me acosa, y peleo
con él a fuerza de decirlo:
los pobres miles de millones,
si se cumplen sus esperanzas,
¿sólo serán los que otros somos?
Me aferro a los buenos, los héroes,
los que cayeron por los pobres
y los justos que nadie mira;
a la mujer que quise y quiero,
las promesas de luz que rasgan
esta noche que nos sofoca.

Pero me canso con el tiempo,
sé que así se acerca mi muerte,
y pregunto hacia la tiniebla:
¿por qué nos has abandonado?



Que en medio de tanta oscuridad
de esta vida, que es un desierto,
de esta vida que es un desierto,
de esta vida que es un desierto.

He visto al hombre en su vida
que es un desierto, que es un desierto,
que es un desierto, que es un desierto,
que es un desierto, que es un desierto.

De que nos da en la vida
que es un desierto, que es un desierto,
que es un desierto, que es un desierto,
que es un desierto, que es un desierto.

Hay una vida que es un desierto,
que es un desierto, que es un desierto,
que es un desierto, que es un desierto,
que es un desierto, que es un desierto.

Lo que es la vida que es un desierto,
que es un desierto, que es un desierto,
que es un desierto, que es un desierto,
que es un desierto, que es un desierto.

Y lo que es la vida que es un desierto,
que es un desierto, que es un desierto,
que es un desierto, que es un desierto,
que es un desierto, que es un desierto.



La noche de Ícaro

Aproximación a la poesía de José Ángel Valente.

Luciano Feria
José María Lama

Algo hay de ejercicio litúrgico en todo acto literario. Más aún en aquellos que como el de esta noche se escenifican a modo de ejercicio coral de comunión con la palabra. Los fieles, el creador, y de intermedio algún incauto que -como nosotros- debiera valorar la brevedad como la única virtud ponderable para quienes, impacientes, esperáis lo esencial: la palabra del poeta o su silencio.

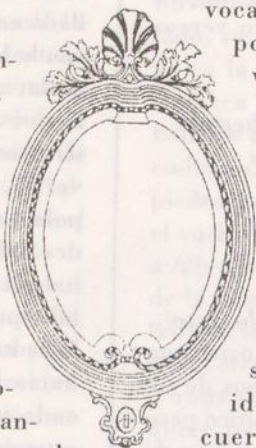
El rito es doble, pues se contiene a sí mismo como la vieja serpiente o monstruo de los mitos antiguos: quienes ofician aquí no son, salvo ahora, aquellos que ilustramos la obra del creador sino el creador mismo, que si bien comparte la homilía, sólo a él cabe el privilegio de la consagración.

Valga el símil, aunque socorrido, para introducirnos -delatando nuestra admiración cercana a la irreverencia- en la obra de José Ángel Valente, pues quizás sea el poeta español contemporáneo a quien mejor le acomode. Valente ha hecho del oficio poético un ceremonia sacra, donde el lector -e incluso el poeta- asiste extasiado a la revelación de la palabra. El lugar de la celebración es el propio poema que, como un templo, se convierte en bóveda de resonancia donde tanto hace el sonido como su silencio,

tanto lo que se dice como el vacío de lo indecible. La palabra, ese supremo instrumento de lo humano, es asumida como un cáliz donde apoyar los labios y asomarse, pronunciándola, a la deidad.

Sea la mística pretexto o eje primordial en Valente -que no acabamos de acordarnos sobre el asunto-, es innegable la importancia de esa vía de acceso al conocimiento en el rastro de los vocablos, en la semántica, en la postura contemplativa que a veces adopta el poeta.

Mas, junto a ello o quizás por ello, la poesía de Valente se nutre de otros rasgos igualmente definitorios. El juego de los contrarios y su unidad primordial, tan caro a los místicos, pero también presente en el balbuceo filosófico de eleatas y efesinos: la identidad de la palabra y el cuerpo, como dos facetas del mismo territorio del misterio; el manejo de los símbolos, como el del ángel o el pájaro, alados protagonistas de la intermediación, límite y vínculo entre la realidad y la promesa; la concepción paradójica de la vida y de la palabra, donde en la extrema quietud puede acontecer el movimiento, lo sublime tomar el nombre de la bestia o engendrarse la luz en la oscuridad absoluta; la reflexión sobre el texto con ánimo



el espejo

metapoético; la nostalgia; la memoria...

José Ángel Valente es un poeta esencial, que gusta aproximarse a la mudez del texto breve, condensado, casi fragmentario, emblemático. Por ello creemos que un sólo poema puede bastar -a modo de aleph donde todo se contuviera- para sugerirnos el conjunto de su obra.

Los versos forman parte de *Mandorla*, una de las obras capitales de Valente. No negaremos que la elección -lo sabéis- nace también del antojo, de la íntima ocurrencia. Hace ya algunos años un par de libros de poemas generados en esta tierra y trenzados entre sí por lecturas y vivencias compartidas coincidieron -para sorpresa de sus propios autores- situando como prólogo o epílogo de sus fábulas de nidos y orillas estos cinco versos rotundos:

*Sobre la horizontal del laberinto
trazaste el eje de la altura
y la profundidad.*

*Caer fue sólo
la ascensión a lo hondo.*

Sobre la horizontal del laberinto..

¿Qué es el final de la infancia: una salida o una entrada? ¿Salimos de un reino mágico y majestuoso, mítico pero inmaduro, hacia el cumplimiento de nuestras potencialidades humanas, iniciamos pues, un viaje; o entramos en el lugar oscuro y sucesivo de la desolación, allí donde el tiempo irá desgastando, poco a poco, un tesoro vivido? Aventura o desdicha, ¿el destino no nos conduce inexorablemente a un laberinto? ¿A partir de la infancia, no consiste de hecho nuestra vida en contemplar la altura de la luz, y, como hiciera Ícaro, soñarla y anhelar así una respuesta

verdadera a la pregunta del sentido, buscar una salida, al fin, a tanto deambular, horizontales, entre muros de tierra? Laberinto o desierto, ¿no estamos condenados a cruzar una existencia dolorosa y dura, enigmática, sí, pero por éso mismo, llena de amor y sed; tal como proclaman las primeras palabras poética de José Ángel Valente, siempre vivida, "*aunque sea ceniza cuanto tengo hasta ahora*", a modo de esperanza?

Nacido en Orense en 1929, el personal laberinto (o la personal aventura) de José Ángel Valente va a tener las referencias externas más importantes de su biografía en sus estudios de Filologías Románica en Santiago de Compostela y Madrid, en sus años de profesor en la Universidad de Oxford, en su trabajo como traductor desarrollado en Ginebra, o en su colaboración con la Unesco, ya en París. Pero es, sin duda, su radical (y amorosa) entrega a la poesía lo que constituirá el centro irrenunciable de su vida, vida plena de verbo, en la intuición de que sólo la palabra poética, con su oscura llamada desde las profundidades del hombre, habría de entregarle, sin embargo, el hilo que lo encaminara hasta la desembocadura, o tal vez las alas para volar hacia la luz. Si es cierto, pues, que cada uno ha de encontrar su propio espacio donde indagar acerca de sus propias respuestas, José Ángel Valente lo dispuso, desde el año 1953 en que



el espejo

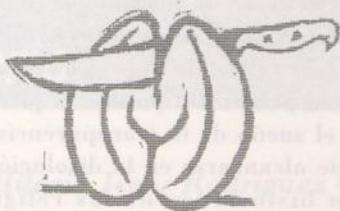


inicia su ruta artística, confiado, en la literatura. Para él, el poema habría de ser, ya para siempre el territorio (o la metáfora) de su laberinto.

trazaste...

Aunque en los manuales de literatura se le incluya en la Generación del 50 (al lado de Gil de Biedma, Ángel González, Carlos Barral, Claudio Rodríguez, José Agustín Goytisolo y tantos otros nombres fundamentales y queridos), la trayectoria lírica de Valente es una aventura absolutamente personal (así concibe él toda dedicación al arte) que, como ha indicado otro gran poeta, Pere Gimferrer, se caracteriza por su sentido orgánico, "su desarrollo indagatorio de una misma propuesta, una única exploración". De esta manera, los sucesivos libros de Valente (poemarios, pero también ensayos y obras narrativas) se constituyen en jalones de una búsqueda intensa y rigurosa del sentido de la vida y de la escritura. No podríamos entender de forma cabal sus últimos textos (*El fulgor*, *Al dios del lugar* o *No amanece el cantor*) sin las reflexiones, cada vez más profundas, que iniciara con sus primeros libros: *A modo de esperanza*, *Poemas a Lázaro* y *La memoria y los signos*. Entre los extremos del recorrido, muchos otros momentos importantes en la indagación (*El inocente*, *Material memoria* y *Tres lecciones de tinieblas*) y también el reconocimiento, desde bien temprano, a una obra tan singular como necesaria: el premio Adonais, el de la Crítica en dos ocasiones, el Nacional de Poesía, y, en fin, el Premio Príncipe de Asturias en 1988.

A los veinticuatro años comenzó a tratar, "*sobre la horizontal del laberinto*", signos decididos en la materia de la revelación, en la palabra. ¿Y qué nos



entrega más en el lenguaje, se preguntaría acaso nuestro poeta: la altura de la voz o "*auscultar el silencio*"?

el eje de la altura y la profundidad

La poesía de Valente se debate, desde el principio, entre la sed de cielo azul, de altura, de esperanza (quizá podría condensarse su esfuerzo en la búsqueda de la alegría) y, por otro lado, su consciencia o intuición de que es en la memoria, en la hondura de nuestra existencia, en donde ha de hallarse el venero del agua. Sucede, sin embargo, que la memoria es dolor, es piedra dura o tierra grave que impide el vuelo de la vida, alcanzar un espacio a salvo de las inclemencias del tiempo y de la muerte. La memoria es descenso, tristeza frente al júbilo de las aves, allá en "*el otro reino*", donde "*el aire es más tranquilo y anchas las alas*". ¿Cómo decir palabras sin las raíces de la memoria? ¿Cómo alcanzar el sol sin un previo e imprescindible desprendimiento? No puede darse la altura sin un sueño de luz. ¿Cómo solucionar la paradoja?

(...) *Caer fue sólo la ascensión a lo hondo.*

Ícaro, en su vuelo, llega tan cerca de la luz que la luz lo ciega, derrite sus alas y cae. ¿No es lo mismo, pues, en el fondo, la suprema iluminación que la



más absoluta oscuridad? Creemos que es a partir de *El inocente* (1970) cuando José Ángel Valente intuye con vigor que sólo volviendo al origen de la vida y de la palabra es posible la plenitud; que el sueño de la transparencia sólo puede alcanzarse en la disolución. El gran historiador de las religiones Mircea Eliade explica cómo en el bautismo es precisa la muerte simbólica por inmersión en el agua, para que el bautizado renazca a la "vida nueva". Eso mismo se podría afirmar de la poesía de José Ángel Valente: el poeta necesita destruir simbólicamente el lenguaje (gracias a un repliegue profundo en su interioridad) para dar a luz un lenguaje distinto, para devolverle la fuerza de una vida gastada por el derroche de la palabra cotidiana y el discurso del poder; ese poder que, siendo siempre dual, desea eliminar la posibilidad de la diferencia, la existencia del otro. El poeta y el lector han de llegar, por tanto, al punto cero del lenguaje, de la vida, para desde él acceder al re-nacimiento. Poeta místico, ¿cómo expresar entonces la inefabilidad de tal experiencia? Poeta subversivo ¿cómo entender sus textos sin el mismo coraje que los colma de amor? En el descenso, sí, se halla la ascensión; la palabra densa, en el denso silencio; la

afirmación, en el tenso margen de lo decible; en lo oscuro, la luz. Es la llegada a la unidad primordial donde los contrarios viven sin dualismo, en paradójica e inextricable convivencia, porque todo acaba y todo comienza allí, sin fin, como un fulgor (cuerpo-ángel de llama, pájaro-pezuña de limo) "en la incendiada boca de la noche".

Hundirse radicalmente en la memoria ha sido, frente a lo que en principio se temía, la verdadera forma de arribar hasta el centro, y el poeta ha logrado, de esta manera, amanecer a la experiencia del sentido. Su lección de la tiniebla: cómo podemos salir, al fin, del laberinto.

Ícaro. José Ángel Valente. Poeta. Gracias por permitirnos estar aquí "en el punto donde comienza la respiración".

Este texto fue la presentación de la lectura que hizo José Ángel Valente en el Seminario Humanístico de Zafra, el miércoles 8 de mayo de 1996.



Ada Salas: La poesía como misterio

Hilario Jesús Rodríguez Gil

El atributo es lo primero que cae sobre el ser humano, a modo de condena ante cualquier posible falta o delito, y a veces sin siquiera consideración de ningún tipo. Irrumpe en la vida o la vida irrumpe en él, el caso es que no cabe mentar uno sin tener al otro presente. Hablar es atributo, callar también lo es; vivir, morir, soñar, en palabras de Calderón, Shakespeare o cualquier dramaturgo no tan ínclito, no dejan de delimitar una forma de asunción de la existencia o de cuanto hay tras ella en el pensamiento. Porque por mucho que alguien pretendiese vivir sin detentar sus atributos inherentes, para librarse de ellos ya estaría estableciendo un juego de estrategias mentales en sí mismas tan atributivas como una nariz aguileña o un mentón con hoyuelo. Una pierna, un codo, una manera de desaparecer y cada parte reconocible -aún en su invisibilidad- de lo posible, es semejante a la imagen presente; de ahí que algunos no conciban la idea de una vida dependiente de constantes



o necesidades diferentes a las suyas. Si existen los marcianos, han de ser cuando menos parecidos a ellos; y si los demás tienen algún tipo de preocupación, sin duda se debe a un motivo explicable que homologa absolutamente todo bajo nombres edípicos o terminología axiomática de puro ininteligible para el común de los mortales, pese a no ser sino un sofisma, en el mejor de los casos, o una simple idiotez. Sólo la muerte prescinde de los requilorios

y el ornato de la vida; por lo tanto, debe suponerse que quien persiste contumaz en desembarazarse de atavíos quizá cometa, consciente o inconscientemente, suicidio. Con éso y con todo, es importante recordar, so pena de incurrir en lesa pensamiento, que por atributo se ha de entender cualquier signo capaz de significar aun fuera de su código, pues nunca deja lugar a dudas acerca de su jurisdicción verdadera. No cabe duda, no obstante, de que hoy el atributo, como la práctica totalidad de lo enumerable, se ha con-



el espejo

vertido en un bien mercantil a sumar a una larga lista, apropiando consiguientemente un apropiamiento indebido e injustificado de rasgos foráneos en vista de la dificultad de encontrar los propios. Así, la ropa se estandariza, el gesto se imita y la verdad tiene organismos de ámbito mundial (a Dios gracias con cuasi nula capacidad intimidatoria o persuasiva). Muchos de los rostros que uno ve cree haberlos visto antes; cuanto se oye suena familiar; e incluso determinados acontecimientos parecen un remedo de algo anterior. Es como si, además de la fisionomía (y ni aun ésta vistas barbaridades como el genocidio judío o el apartheid), los poco atributos restantes se ciñeran a la pobreza o la riqueza y poco más; y a medida que pasa el tiempo va sirviendo de menos ser tonto o listo, genial o idiota, a tenor de la exigua autoridad de cualquier opinión y aun de las legislaciones vigentes en cada lugar. Ante tal estado de cosas, uno podría pensar que los únicos valores o atributos incólumes en esta situación son los espirituales, es decir, los carentes de significado, pero ni siquiera éstos prevalecen como atributo merced a los reality-shows, donde quienquiera puede desnudar su alma y suplicar por una nueva materia que rellene la oquedad resultante. Las terribles palabras del *Tractatus Logico-Philosophicus* de Wittgenstein parecen tener hoy día más sentido que nunca: "de lo que no se puede hablar, se ha de callar". Menos mal que algunas personas, unas cuantas, escasas en número, aunque sobradamente suficientes, no siguen esto al pie de la letra. Los físicos, por ejemplo, comienzan a cuestionarse los sempiternos atributos de su

disciplina y habla -con o sin fundamento, da igual- del instante anterior al cruce de la célula, cuando no sobre un Big Bang como origen de la Tierra o sobre partículas de materia que son parecidas a la nada, caso del quark. En distinto orden, compartiendo también el desnudo de los físicos, algunos artistas de diferentes disciplinas ya desde finales del siglo pasado se propusieron, y en parte lo consiguieron, destruir atávicos corsés contra los cuales había rezado hasta entonces la mayor de las impunidades. Las cosas, por ende, ya no sólo tienen que ser como deberían, sino que en muchos casos se contentan con ser, eso es suficiente; la posibilidad y el hecho se dan la mano no en tanto planteamiento y desarrollo, puesto que el lenguaje es capaz de representar las dos caras de la moneda, permitiendo con ello la expresión de una realidad no experimentada. De repente, los mensajes suplantán a la experiencia e irrumpen innúmeras maneras de ser sin existir. El ojo atrofia al resto de los sentidos, los invalida, y se convierte en alma, corazón y cerebro a un tiempo. En el trayecto, la vida pierde toda ética a causa de la incapacidad de inferencia que tiene el ojo en cuanto ve, y el recuerdo, al igual que la existencia, se transforma en una cuestión reconstructiva, con la miríada de combinaciones a que se prestan las piezas del puzzle. Nada garantiza la permanencia del mundo como no sea la fidelidad a una mirada, la negativa a entregar el condominio de lo real a lo no inmediato, más dado a la impostura. Actitud que propicia un mundo por cada mirada (e idéntico ojo para cada uno de los mundos visibles, como en esas fotografías



en serie con que se retrata la gente delante de la Torre Eiffel, las pirámides de Egipto o el Taj Mahal). Incluso en el ámbito de la verdad hoy se conocen demasiadas verdades como para ser posible determinar la más importante; el hombre ha llevado las cosas tan lejos que a veces da la sensación de haberse él mismo quedado rezagado. Prueba de ello es el ominoso fundamentalismo con el que se entrega la gente a ciertas religiones, delegando con el gesto sus responsabilidades como seres humanos al ponerse en manos de cuatro energúmenos -para quienes todavía se vive en tiempos de los romanos- cuyo total desprecio por sus semejantes pone, si hace falta, en entredicho el valor de la existencia humana habida cuenta de que a ellos les importan poco los caídos siempre y cuando sigan teniendo tras de sí sus sospechosas causas. De nuevo, el hombre es instrumentalizado por una maquinaria a la cual él regresa al no haber sido capaz de hallar un sentido a su vida. Ni siquiera el culto al dinero salvaguarda del misterio de la existencia a los seres humanos; el otrora milagroso aturdimiento laboral va cediendo en sus capacidades terapéuticas, a la vez que la televisión comienza a detentar un alto grado de sectarismos por parte de los espectadores, ello gracias a los chamánicos poderes de algunos de sus popes, capaces de enmendar la vida afectiva, familiar o económica de los demás, exigiendo a cambio una minucia: facultarles para, al modo de los magos, cercenar sus cuerpos por aquí y por allá para luego recomponerlos a lo Frankenstein y crear el ser perfecto a base de desechos. El truco consiste en

cortar más que nadie, reducir la materia a mero despojo, aumentando los niveles de audiencia siempre y cuando se vaya batiendo el más difícil todavía semana a semana, hasta alcanzar el límite en el que la tolerancia de lo inmediato se transforma en pasado y el programa desaparece en cuanto el público mayoritariamente le niega su aquiescencia. Al fin, el atributo se queda en una simple cuestión proporcional, pues nada hay que lo haga tan fiable como comprobar su aplicación a nivel universal. Por eso se tiene más miedo a ir en avión que a ir en coche, pese a los menores riesgos y número de víctimas del primer medio de transporte; antes era fácil encontrar a quien nunca se había montado en una bicicleta o en un coche, hoy sólo queda extirpar el miedo a volar, primero porque el número de personas que no lo han hecho supera al de los que lo han hecho, y segundo porque el número de víctimas en un accidente aéreo, aunque sean muchos menos los que se dan, es bastante grande. Proporcionalidad, pues.

La poesía, por su parte, ha estandarizado asimismo bastantes atributos, aun cuando en este siglo se han abierto infinidad de puertas por donde ahora entra el aire y nada más. Es cierto, no obstante, que lo difícil luego de un descubrimiento es saber para qué sirve; en ese sentido, la poesía, como cualquier disciplina artística, de una época vanguardista plagada de descubrimientos, regresa a los atributos de siempre, donde encuentra la única sinceridad real, una vez más debido a la proporcionalidad de adeptos de una y otra corriente, perdiendo inde-



fectiblemente el lance el recién llegado. Lo cual no basta para el mero hecho de esas puertas abiertas por las que entra la corriente sobre para capacitar de autoridad a quienes han conseguido traspasarlas incluso si fue únicamente para echar un rápido vistazo. Cosa a primera vista sencilla, pero en realidad hartamente difícil. Muchos han confundido y confunden el misterio con la expresión de unas ideas huérfanas sobre su insatisfactoria existencia, vertidas en un lenguaje narcisista e infantil, casi siempre lleno del resplandor de la autoridad del simple decir, cayendo en la superficie de todo, cuando no en el mero lugar común. No por otra cosa, son escasos los poetas que han conseguido penetrar las reglas de la cábala o del arcano, pocos los que han ido más allá de un viaje a lo largo de sí mismo; habría que remontarse, quizá, y aún eso a riesgo de caer en el despropósito, a los místicos, iluminados, astrólogos, magos y alquimistas que, en su medida, también quisieron acceder a las reglas del misterio, cuyos mejores epónimos serían Eckhart, Paracelso y Böhme, a quienes se podría sumar, sea dicho de paso, a algunos cultivadores del haiku japonés, aunque en este punto, en cuanto se refiere a este género poético, haya que considerar misterio al hecho de que la realidad, cierta realidad despojada hasta su esencia, sea en sí misma inefable al carecer de necesidad de hacerse tangible o perceptible para saber dónde está. Porque, al fin y al cabo, el misterio es aquello que permanece aun cuando lo que lo encubría ha dejado de existir; al carecer de superficies, nada hay que lo desvele como no sea su misma consideración, y

tampoco eso llega para saberlo, pues el misterio sólo puede aspirarse a conocerlo, en absoluto entenderlo. Quien hubiese ido demasiado lejos con lo desconocido ya no sabría volver atrás; por mucho que reculase, seguiría arrasando consigo ese hermético itinerario del cual, encaminado hacia él, pronto se pierde la certidumbre de un horizonte a donde dirigirse. El misterio no está, es. Su esencia indivisible no podría ser emasculada, ni siquiera a través de un camino trazado de antemano; es sabido que quien llega al misterio aprende a su vez su lenguaje,

igual de misterioso, salvaguardando así su intimidad. Lo inexplicable utiliza sus propias palabras para hacerse visible por medio de vacíos, de ahí que su mera forma no sirva sino para traicionar al sacrosanto derecho del misterio: seguir siendo. Únicamente quienes son capaces de traerlo a la luz, a la manera de Ahab arrancando al demonio blanco de las profundidades del océano, han conseguido jugar con el arcano y vencer.

De los poetas de este siglo, por desgracia, apenas unos cuantos han sabido habitar la inefable morada de lo ignoto, pese a ser la poesía la sola detentadora, a estas alturas, del desdén público, y, por ende, la usufructuaria posible de un ápice de libertad. Acaso sea precisamente ese estado de permisividad abúlica el causante del desagravio; no así, en otros terrenos más acechados por lo instrumental han aparecido personas del fuste de Ludwig Wittgenstein, Robert Bresson, Jackson Pollock, Samuel Beckett y bastante más de los que apuraría, con ciertos problemas el



campo poético, como he dicho, proclive a las investigaciones más allá del hecho o del estado, y, sin embargo, idiotizado por una individualidad de hijos faltos de cariño paterno o materno, incapaces siquiera de recoger con decencia sus propias lágrimas. De ahí que la aparición de Ada Salas (Cáceres, 1965) haya de celebrarse con los debidos honores, por mucho que los fastos y oropeles de su llegada no hubiesen sido los suficientes para hacer ver a tanto imbécil aficionado a la música poética, dónde se encuentra una poeta de verdad. Claro está que el tiempo ha de ir interponiéndose para ver el lugar que cada cosa ocupa, pues el misterio no es un juego al que uno se acerca y luego abandona como si tal cosa; antes al contrario, es el misterio mismo el que no abandona a uno, en ocasiones interponiendo una barrera de silencio entre él y el resto. Sea como fuere el resultado, lo existente en estos momentos basta para lanzarse al entusiasmo por más que no deje de asomar la posibilidad de espejismo. También cuando para Beckett parecían haberse acabado los milímetros a apurar antes de caer en el abismo, sacaba fuerzas de flaqueza y emergía con esa voz que todavía retumba al final de *El Innombrable*: *"Ellos van a detenerse, conozco éso, los noto que me sueltan, era el silencio, un breve instante, un buen momento, o será el mío, el que dura, que no duró, que dura siempre, seré yo, es menester seguir, no puedo seguir, es menester seguir, voy pues a seguir, hay que decir palabras, mientras las haya, hay que decir las, hasta que me encuentren, hasta que me digan, extraño castigo, extraña falta, hay que seguir, acaso*

ésto se haya hecho ya, quizá me dijeron ya, quizá me llevaron hasta el umbral de mi historia, ante la puerta que da a mi historia, ésto me sorprendería, si da, seré yo, será el silencio, allí donde estoy, no sé, no lo sabré nunca, en el silencio no se sabe, hay que seguir, voy a seguir".

Entre otras cosas, y en posible respuesta a esa asunción borgiana de que quien pretende hablar sobre el misterio por lo general suele acabar matándolo para así evitar entrar en él, en el caso de Ada Salas no sólo se omite cualquier referencia a él, sino que tampoco se le pregunta ni se le responde. El logro de esta joven poeta, ante todo, se cifra en descubrirlo, lo cual no consiste tanto en conformarlo cuanto en preverlo, ésto es, proporcionarle una substancia en lugar de trazar los límites de su ausencia. Hacer ésto último a través de la palabra, herramienta connotativa en exceso, a veces incluso arbitraria (si se tienen en cuenta los muchos malos usos a que conduce), dificulta todavía más una tarea de por sí ímproba y destinada al fracaso, pues éso es poco lo que se puede decir en torno a aquello que no significa. Quizá para empezar se haya de conceder al verbo, en su sentido bíblico, autonomía para que sirva él de guía al hacerse necesariamente antecedente, como reza el sumo principio de todo, visto que frente a él nada hay. No se puede negar, empero, que muchos han sido los viajes iniciados con el fin de hallar esa oscuridad primigenia, lo que sucede es que en ninguno ha solido prescindirse del viático correspondiente para recular si llegase a ser necesario; también es cierto que, como sucede



en cualquier película de aventuras, las dificultades no se acaban al llegar al destino, a no ser que jamás se vuelva hacia atrás, de lo contrario, de iniciarse la retirada, se vuelve a encarar iguales, si no peores, azares, ahora más prestos a no dejarse sorprender, de semejante guisa a Objetivo Birmania, donde el objetivo principal es fácilmente alcanzable, lo malo es el regreso. De ciertas partes, lo he dicho antes y lo repito, uno no está en disposición de volver; la palabra, por ejemplo, es una de ellas.

Arte y memoria del inocente (1987), primer poemario de Ada Salas, es el inicio de un viaje cuya primer premisa es la incolumidad o ausencia de pensamiento para conseguir una inocencia verdadera, y acaso la única posible. El libro, de forma ortodoxa, no rehúye la letanía de atributos de la poesía, utilizando mayormente heptasílabos y endecasílabos, sumados a algún alejandrino. Más heterodoxo sería el uso de hemistiquios versales, además de algunas segmentaciones asimismo apoyadas en los cambios de versos, que evitan la puntuación dentro de las unidades sintácticas, sólo segmentadas con puntos. Si aparece alguna coma, lo cual se da en tres casos, es siempre para circular a un vocativo, posiblemente con el ánimo de aislar una materia ajena al discurso, referido casi por entero a la ausencia, ausencia palpable en el verso "*Que nunca nadie pregunte nada*", en el que se rompe con el sujeto, el objeto y la temporalidad, más adelante apenas perceptibles a modo de ecos reverberantes en la huidiza memoria de quien, a medida que se va acercando a un esta-

do anterior, e interior consiguientemente, comienza a ver en sí mismo aquello que ve fuera de sí. De esta manera, el paisaje feérico, en absoluto telúrico, ronda omnipresente las páginas de este libro, poblando un bosque de una exuberante vegetación de álamos, tulipanes, helechos, tréboles, hojas, zarzas, rosas, ramas, girasoles, pétalos, hierba, musgos y lilas, así como de una variada fauna de ciervos, panteras, lobos, ovejas, insectos, serpientes, nutrias y caballos. Es un espacio circundado por el sonido y por la onomatopeya, en lugar de por la palabra; si en él asoman las presencias humanas, lo hacen encarnadas en niños o en seres desnudos, en ambos casos ajenos a esa mirada que los fija, entregado a una existencia edénica, viviendo en una absoluta percepción que jamás deviene pensamiento. Una actitud, por tanto, tremendamente contemplativa, cuyo carácter immaculado descubre porque no sabe antepo-nerse al hecho. "*Al ritmo de los aires/ que traen lo inesperado/ veía cosas*".

Mención aparte merecen en este poemario las figuras aéreas, cuya presencia, alzándose por encima del edificio retórico de la poesía, de esa explosión de vida propiciada por la primavera y la inocencia, plantean una dicotomía entre la configuración perentoria del instante, aquí en el recuerdo de unos ojos que miraban sin comprender, y su total ausencia, en cuanto el ojo deja de ver y permanece fijo en la inmensidad, poblada, a su vez, de aves, como las garzas o las palomas, a punto de imponerse con ángeles, perdiéndose en el palimpsesto semántico que rodea a esos seres también



alados. Frente a ésto, el perfil de la sombra en tanto interlocutora muda del discurso poético, va paulatinamente estableciendo su condominio, en medio de alusiones a la noche o a la oscuridad, hasta convertirse en última instancia en lápida, acabando por recortar la posibilidad de la palabra, el atributo de la poeta, una existencia que ha ido quedando atrás, pergeñada, no obstante, en escasas referencias al haber vivido. Al final, el abandono de la palabra escrita es sólo una huella de un discurso que continúa en el más allá de lo dicho, en el silencio que ruge a sus pies.

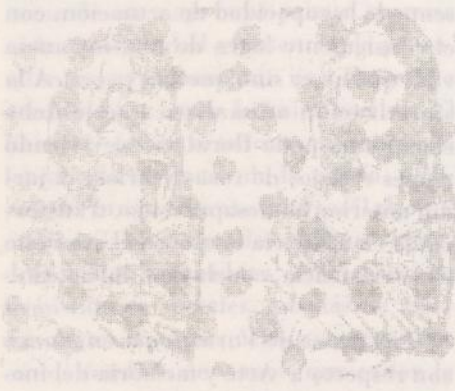
Así las cosas, lo que prosiguiera lo iniciado en *Arte y memoria del inocente*, en modo alguno podría girarse, ni siquiera para retomar el esqueleto óseo de la palabra, so pena de hacer baladí el esfuerzo anterior. Hicieron falta siete años nada menos para que *Variaciones en blanco* (1994) viera la luz, continuando algo que ya no era viaje, como mucho mero tránsito. Basta con comprobar es este caso el espacio poético, trabajado de manera rigurosísima, creando una especialidad en la cual nada avanza porque nada se mueve; todo parece suspendido en una fragilidad arquitectónica que suple la sonoridad auditiva del anterior poemario con una inmensamente mayor sonoridad visual. De hecho, la riqueza sensorial de *Arte y memoria del inocente*, sin duda imprescindible para poder percibir el apogeo de aquel mundo en floración, donde la música era la principal transmisora del misterio poético, se congela ahora en la actitud hierática del ojo que contempla y siente sin poder

oir. Para ello, la primera figura que irrumpe en *Variaciones en blanco* es la de la paloma, dándole desde el principio al libro una impronta etérea, recuperada como hilo conductor entre éste y el anterior poemario. Con ella, proliferan los ángeles e incluso se dota de alas a otros animales, en concreto a los caballos, telúricos o feéricos, al gusto de cada uno, convirtiéndolo todo en un tránsito por un espacio innominado, para nada recordatorio de una experiencia vital; antes bien, experiencia en sí, pues lo cierto es que a lo largo del libro se tiene la sensación de estar frente a un nuevo existir, pasado o futuro al tiempo, despojando al instante presente de la capacidad de actuación, con el consiguiente logro de una instancia vital que no es sino que fue y será. A la sintetización animalística se le debe sumar una poda floral, sobreviviendo tenues reflejos de rosas y lirios; el jardín anterior ha desaparecido, transformado en memoria lo que en él era resto de la existencia, conclusión, inicio, fin.

Las frases de *Variaciones en blanco* con respecto a *Arte y memoria del inocente* se acortan y proliferan los puntos; los vocativos no aparecen; y la sola sonoridad del libro establece por medio de sus ostinatos, de sus reiteraciones. Tampoco la palabra juega un papel preponderante ni como contrapunto fónico/musical ni tan siquiera como piezas combinatorias para crear el significado poético; el papel principal lo juega ese espacio lleno de centros de aire, salpicado de palabras que no lo dotan de sentido, sino que lo acompañan al tiempo que le dan corporeidad. O sea, ya no se busca el componente léxico u oracional



para construir el espacio poético porque éste existe desde el principio; de lo que se trata es de conseguir una distribución armónica capaz de crear la sensación de un mensaje puramente sensorial, en absoluto intelectual. Por ello el estatismo es la regla sine qua non para penetrar una superficie a primera vista suficiente si únicamente se busca la descodificación de un mensaje; detrás, en un "Lento día de plata/ lenta", en un "Lento río", en un dolor que "Hiere lento" y "pausado", el ojo, la mirada, "sumisa a mi palabra", aguarda el milagro, la consumación mística del vacío, del misterio. Cuando la realidad



desaparece, lo esencial queda; los instantes se agotan entonces y los posibles estados lumínicos del día o de cada estación dan paso a una oscuridad paradójicamente clara, donde todo se puede ver por más que no se alcanza a expresar. Difícilmente se puede poner en palabras aquello que sólo se alcanza en el momento en que las palabras dejan de significar. Una epifanía de ese tipo no perdona la impostura, la doblez. Sucede algo parecido ante muchas obras abstractas que la gente desinformada y deformada considera majaderías que sus propios hijos podrían imitar o mejorar; en esas instancias, sin embargo, prima lo esencial y la sin-

ceridad por encima del preciosismo de un acabado o la trascendencia del mismo. Sea dicho de paso, hablar sobre el vacío, la nada o el misterio, de bien poco le pueden servir a quien aspira a todo o lo tiene consigo; quien se adentra en sí pierde lo que tenía fuera, entra en un silencio deletéreo y acaso irreversible, de ahí que dicha búsqueda se realice al tenerse conciencia de la consiguiente pérdida que ella traerá. La recompensa, éso sí, también existe y puede hallarse en un apodíctico silencio que Ada Salas distribuye a lo largo del poemario, siendo con la noche y la sombra, además de los ojos y la mirada, junto a los seres alados, los elementos que dan forma a un espacio despojados de huecos aditamentos de la simple exposición de palabras con escasa existencia sintáctica, gramatical, merced a lo cual su propia fidelidad no fenece ni aun en su emancipadora exposición al tiempo, a lo extraño, a lo otro.

Bajo ésto, a modo de telón de fondo, el misterio de la escritura ocupa la antesala del poema, dirigiéndose hacia ese instante esquivo que supone la luz de una palabra a la que otra viene a oscurecer. Por éso es lo finito, mero fulgor, pirotécnica; lo importante es lo que depara la conclusión de ese misterio, la llegada del verdadero misterio, el poema emergiendo no de la escritura, sino del agotamiento de lo expresable, al morir el yo o el tú, o la sombra, llámesele como se quiera. Lo que aparece a la sazón es lo intocable, lo no atributivo, lo que no es soledad porque no prescinde de sí, lo que no es silencio a pesar de su mudez. Son poemas de una extraña perfección, de una intensidad posible en la palabra, no en el poema: "al caballo silencio/ alas de



niebla". Nada podría decirse para aclararlos sin caer de nuevo en ello, sin notar el ineluctable regreso: "Al caballo silencio/ alas de niebla". En la alternancia de sujetos poéticos, de ese yo y ese tú/sombra, en ese reflejo en un espejo que desvela la dualidad entre la memoria y la materia, entre lo muerto - que es el yo y con él el presente- y lo pasado y lo futuro, nace un misterio abisal, un eco alejándose hacia la inmensidad que abre una palabra exangüe, muerta. Nada tarda tanto en llegar como el silencio, alimento que, en palabras de Jacob Böhme, "no vale para el vientre repleto, sino para el estómago hambriento". Por eso el misterio está vedado a quienes carecen de motivos para conocerse fuera de sí; al hacerse carne se transforma en un peso oneroso cuya única solución estriba en la quietud, el inmovilismo, la plenitud de una fuerza imposible de transportarse, reposando en la ausencia de un tiempo concreto. Han caído muchos muros, puentes y catedrales, y aun así la piedra ha permanecido. Apartada del discurso, del decir, la palabra consigue sobrevivir a esa recalitrante carrera que mantienen la realidad y el lenguaje, apresurándose uno para ensanchar su particular condominio con respecto al otro. Siempre es ella la que acaba por conservar el inmanente misterio que hace continuar existiendo sin necesidad de expresar.

Un reproche a un libro tan apasionante y a la vez mesurado como *Variaciones en blanco* no podría oscurecer ni la magnitud de su belleza ni la impronta que una profunda lectura deja en el espíritu, por ello me atrevo a cuestionar la congruencia de la ingente cantidad de citas que lo encabezan, intentando, posiblemente, plasmar

emanaciones del misterio que Ada Salas ha creído captar en otros poetas. Este ardid podría haber funcionado mejor si la intención (o resolución final) del libro hubiera estribado en hablar acerca del misterio, el problema es que *Variaciones en blanco* es un libro en, por y desde el misterio, y éso hace que sólo la íntima oscuridad de la poeta, en este caso, pueda aceptarse como parte de un discurso donde ni siquiera la identidad puede soportar nombres por mucho que no haya dejado de existir. La carencia de autoridad en torno al misterio invalida cualquier disfraz o salvoconducto, porque a él no



se llega por elección y tampoco a base de perseverar, es una gracia (o una maldición), un movimiento propiciado por una casualidad o un instante congelado. Difícil precisión. De nada sirve insistir en ello, entrar en una bizantina letanía de palabras que apenas sirven para perder lo verdaderamente importante. Sirva la música a modo de epílogo, hablando desde esa instancia que no dice y sin embargo expresa; sirvan para lo dicho las Variaciones Goldberg de Bach e interpretadas por Glenn Gould. Según Eckhart : "si un hombre no conoce la nada es que la Luz Divina nunca ha brillado sobre él". Quiera eso haber dicho lo necesario para no tener que repetirlo. No se hable más.



Pancho contra el *sarasa rosa*



Antonio Orihuela

Desde muy adolescente establecí una relación con la literatura, fundamentalmente con la poesía, que cabría definir como patológica. Enganchado, me bandéé por mis camellos particulares, las librerías, en busca de lo que empezó siendo un celta sin boquilla (Bécquer, Darío, Neruda, Salinas, etc...) y a mis treinta años, habiendo probado de todo, no lograba terminar en jaco.

Hace cosa de un año, me podríais haber visto, desesperado, revolviendo todo el estante de poesía que hay en Universitas, en Badajoz; en busca de algo que jincarme, cuando me encuentro con un libro que en vez de llamarse *"La encina dulce"*, *"Poemas Anatómicos"*, *"Pavana para una voz y musa"* y estupideces por el estilo, respondía por *"Días perdidos en los transportes públicos"*; y no sólo éso, sino que además me guiñaba un ojo y me aseguraba que iraní puro, que había entrado por alicante y que, aunque no eran buenos tiempos -ningunos lo son- estaba dispuesto a poner este país boca abajo. Yo le eché el ojo, y me lo llevé a casa. Allí empecé a trabajármelo como quien tiene que pulir un diamante; ni por todo el oro del mundo quería que se me acabara de una sentada. Dinamita, tíos.

El culpable de aquel estado tenía un extraño nombre, como debe ser. Los años de excursiones por mis Cuestas de Orinaza particulares, me habían enseñado a recelar de camellos con nombres como Pureza, Claudio, José Antonio, Felipe, Luciano, Ángel, etc... Roger Wolfe fue más que un descubrimiento, un encuentro conmigo mismo.

Roger Wolfe resultó ser varón, de unos treinta y pocos años, residente en Gijón (Asturias), un hombre normal y corriente que tiene una vecina como la mía, como la de casi todos, de esas que se pasan el santo día cantando por la Pantoja y hostiando niños que no paran de gritar. Un hombre ni más ni menos acorrallado que cualquiera de nosotros en estos tiempos que corren:

"Me atenazan/ el alquiler, las moscas, el verano,/ la ciudad, la gente, los semáforos."

Un hombre al que le llueven las visitas, que se queda sin cerveza, sin tabaco, y tiene, como cualquiera, que correr al súper más cercano y, si está cerrado, pagar el impuesto revolucionario correspondiente en el bar de la esquina, donde lo va a mirar con sorna el machaca de turno abriendo una sonrisa cómplice que se le queda en mueca.



La diferencia con los demás, Roger la marca en que luego lo que te escribe es ésto. O como él dice, escribo de lo que hay:

"Se te ha averiado el coche en pleno atasco./ La semana pasada se llevaron el teléfono,/ la que viene te van a cortar la luz. No puedes pagar el alquiler, trabajas/ para un imbécil, y tu mujer te dice que quizá/ ya vaya siendo hora de tener un hijo./ Tal vez dos."

Y reflexiona con acidez y humor sobre lo que hay:

"Me están hablando/ del parto sin dolor, el estiércol de caballo, / la mala calidad de nuestros huevos/.../Galdós, la ingeniería/ genética, los préstamos/ bancarios.../ y la verdad, y la verdad es que a veces me pregunto/ qué carajo habremos hecho todos/ para acabar en semejante estado".

Yo había asistido, en mi juventud, al cambio de unos poetas que en suma representaban los más altos valores del régimen y la civilización cristiano occidental, (y donde cabían desde los poetas orgánicos hasta el más oscuro pregonero de Semana Santa) por otros que al amor del cambio político, con algunos años menos y cierto aire de izquierdismo, (más provocado por ser enemigo poético de alguno de los grandes popes de la poesía franquista provinciana que por convencimiento teórico, o práctico) continuaron básicamente las mismas formas y el mismo tono lírico... A éstos últimos, que de pronto parecían todos salidos de una película de Visconti, con

el capullo en el culo, yo los llamaba, en broma, en los ochenta, "Venecianos"; y mira por dónde, con los años resulta que hasta a ellos les ha terminado gustando el calificativo...

Localizar a Roger Wolfe...(entre tanta góndola, tanto "...desvelado/por canales de silbos y de flores..." tanta "...Exigua la facundia de este lunes" "...mi boca bando vuela" y "... de ahí, la ratonera gramática deconstruida")...fue como un mazazo, un disparo en la cara, en medio de tanto formalito, tanto intelectual con las tripas sueltas, tanto sarasa de cuarto oscuro, y tanto maldito plagiando a Elliot en un pueblo de las Hurdes...-ya se puede-

Comprobé, a medida que iba liquidando sus "Días perdidos en los transportes públicos", que también es ésto estábamos de acuerdo, que:

"...sería preciso reescribir/ la inmortal historia/ de ese fraude que se ha dado en llamar/ Literatura..."

Que odiábamos a todos los que se nos plantan en medio hablándonos:

"...del cielo de Esmirna, de las doradas cúpulas/ que alumbra la tarde veneciana,/ del aire perfumado y cómplice de ciertas/ umbrosas callejuelas tunecinas, la belleza/ inenarrable de Florencia, y - cómo iba a faltar-/ de ese cafetín donde en Lisboa/ martirizaba los versos el Poeta..."

Que teníamos una deuda de gratitud con los que un día nos dieron los primeros empujones, y demostraron



mientras les aguantó el cuerpo, su compromiso ético, político e histórico:

"...De la cuesta y yo /nos unimos a la insigne comitiva / -que con el fin de perturbar el sueño de los muertos había organizado/ el recién elegido ayuntamiento-/ en torno al nicho humilde/ del poeta./ Y una vez finalizados la marcha fúnebre, el discurso,/ las ridículas pompas del alcalde,/ y dispersada la escasa muchedumbre,/ fue al trompa de la orquesta al que escuchamos/ pronunciar la frase: - si le hubieran dado más pan y más aceite, otro gallo cantaría".

Y con las que no quisieron llegar a tanto:

"Samaritana buena:/ sabes bien/ en qué dura porción de mi organismo/ tengo la peor de mis heridas".

Terminé aquel libro repitiendo como si de un mantra se tratara:

".. al carajo con la literatura/ queremos algo con carácter/ asquerosamente puro/ escuetamente maloliente/ y obsceno sin correrse/ pero legal/ y tal;/ algo auténtico."

Volví por mis particulares antros. Pero todo había cambiado, nada de revolver mariconas encuadradas, nada de llevarme tres horas en la librería para al final llevarme cualquier cosa, antes de que el librero me acuse de ir solo a robar libros; nada, nada de eso, colegas. Tendríais que verme llegar, con aire de suficiencia y colocarme frente al tipo; sacar un papelito y decir de un tirón: -deme usted "Arde Babilonia" de Visor; y "Diecisiete poemas", de ni idea. El primero, sin problema; el

segundo me lo busca en el ordenador y le sale "Hablando de pintura con un ciego"; de Renacimiento. Me los llevo. Tiempo total invertido en la rebusca: 12 minutos. ¡Un éxito, tíos!.

Vuelvo a casa hojeando ya los poemas por el camino y se me reproduce la vieja sensación que causa la verdad cuando te la estampan en la cara; cuando ves cómo corre por tus venas y estalla en la cabeza:

"... mi trabajo es constatar lo obvio/ y eso es lo que el mirlo me viene a recordar..." (dice en el poema "La última noche en la tierra" de "Arde Babilonia"). *"...Y es el mirlo, en su ignorancia, el que sabe la verdad./ Cumple sin la más mínima estridencia/ el ritual que le ha impuesto la biología./ Luego morirá. Sin epitafios, como éste..."*



La vida pura y desnuda; la sencilla, la contradictoria verdad que emana de los que reflexionan sobre la realidad y sobre su condición en esa realidad; la que para bien y para mal nos ha tocado vivir a todos los que seguimos vivos, por mucho que algunos vivos no sepan en qué platillo volante van; la de hoy. La de los que comen, mean, jiñan y follan (porque en vista de lo que se ha escrito en este país en los últimos treinta años, el único que hacía semejantes cosas era Jaime Gil de Biedma). La de los que, por los viejos tiempos, se hacen pajas; odian a sus vecinos, a Góngora y a todos aquellos que -como los perros odian- llevan uniforme o no les gustan los perros.



No os cansaré más. Roger me terminó de colgar cuando leí su poema "Musa". Ya era como un presentimiento, y encima, boxer. ¡Los clavos de Cristo, que Pancho había hecho buenas migas con Rocky!... Lo conocí personalmente unos meses después, estubo en casa y le enseñé su foto. Nos tomamos otras, él con Dor en sus brazos; yo, aún lleno de fantasmas... Juramos sobre la tumba de Luis Antonio de Villena especializar a nuestra trupe en el mordisco al culiflojo. Y en esa andamos. El que quiera protegerse que vaya a la librería, y como Roger dice, que los compre o que los robe, pero que los lea. No conozco más antídoto. Y si no:
-¡Muerde Perro!

Fregenal de la Sierra.

Febrero de 1996.

Bibliografía de Roger Wolfe:

- Diecisiete Poemas. Málaga 1986.
- Días perdidos en los transportes públicos. Antropos. Barcelona. 1992.
- Hablando de pintura con un ciego. Renacimiento. Sevilla. 1993.
- Quién no necesita algo en que apoyarse. Aguacalara. 1993.
- El índice de dios. Espasa Calpe. Madrid. 1993.
- Arde Babilonia. Visor. Madrid. 1994.
- Todos los monos del mundo. Renacimiento. Sevilla. 1995.
- Mi corazón es una casa helada al fondo del infierno. Aguacalara. 1995.
- Poemas desde un quinto sin ascenso. El árbol espiral. Hojas de Poesía n. II. Asociación Cultural "El Sornabique". Béjar. 1995.
- La máquina de sueños. Ateneo Obrero de Gijón.



Historia de una *chapa*

(Carta a Luis Landero)



Elías Moro Cuéllar

Querido Luis:

Yo no nací en Alburquerque sino en Madrid, exactamente en un barrio formado por un aluvión de emigrantes andaluces y extremeños: El Pozo del Tío Raimundo. Con este origen y unos progenitores de Fuente del Maestre y la Albuera, comprenderás que sienta un cierto orgullo y cariño por esta tierra, de la que al fin y al cabo provengo y tantas cosas hermosas me ha dado.

Dirás que a qué viene ésto y no te faltará razón, pues lo que yo quería en realidad era hablarte de fútbol. Verás. Sé que eres del Madrid y que uno de tus mayores deseos sería escribir la crónica deportiva de todos los domingos. Y quería decirte que yo me hice del Madrid en 1966 cuando ganó -ay- su última Copa de Europa. Tenía siete años, aquel invierno estrené pantalones largos, mi padre dejó de fumar por primera vez.

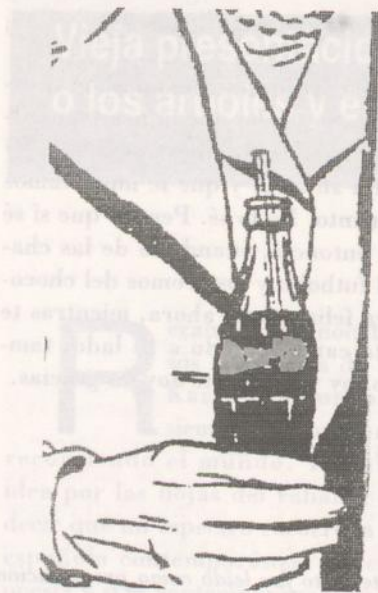
A mi casa, igual que a la tuya algunos años antes, en aquella época de no hace tanto tiempo aunque a veces parezca que sí, también llegaban paisanos del pueblo a buscarse la vida en la capital. En mi barrio, Luis, de albañil, sobre todo de albañil. Algunos traían como presente para corresponder a la

hospitalidad pasajera, paquetes informes envueltos en un papel de periódico -el Pueblo, el Ya- sucio y grasiento y atados con una cuerda de pita, que una vez abierto mostraban su contenido sangriento: chorizos, tocino, morcilla... Otras veces eran unos kilos de garbanzos, o miel, o café portugués de contrabando empaquetado en unos cilindros de cartón multicolor con un camello pintado en el centro. Creo que me estoy yendo por ramas otra vez.

El fútbol, Luis, en aquellos años invadidos de miseria y esperanza, era nuestro juego predilecto, nuestro afán más inmediato. Y como raramente teníamos, no ya un balón, sino ni siquiera una pelota -que no es lo mismo, aunque parezca igual-, jugábamos con vulgares chapas de cerveza o refrescos en las que pegábamos la imagen de algún futbolista, previamente recortada de los cromos que venían con las tabletas de chocolate. Los que por ventura poseían alguna chapa de Cinzano o Canadá Dry, se pavoneaban como presidentes de club que hubieran fichado a un talento extranjero y solían ponerlas a jugar en la delantera.

Pintábamos el campo con tiza, sorteábamos el saque echándolo a pies y poníamos algunas piedrecitas para marcar las porterías. El esférico podía ser una canica de barro, una bola de miga de pan, un chicle endurecido por





la intemperie...

Yo jugaba de chapa-portero. El ídolo entonces era Iríbar, apodado *El Chopo*, que era el portero del Atlético de Bilbao y la Selección Española, pero a mí el que me gustaba de verdad, aún sin haberlo visto jugar, nada más que por el sobrenombre, era el portero de Rusia: Lev Yashine, La Araña Negra, un magnífico arquero que, años después, murió con una pierna de menos. De un viejo periódico del 64 que glosaba hasta la náusea el haber derrotado al equipo rojo en la final de la Eurocopa con un legendario gol de Marcelino, recorté su rostro y lo pegué con mimo en la mejor de mis chapas. Y no era fácil, no, marcarme un tanto. Se me rifaban los equipos, aunque esté mal el decirlo.

El lujo era el fútbol de "Casa Manola": un soberbio mueble de madera y bronce con ceniceros de cobre, los jugadores del Madrid y el Barça y el campo pintado de verde simulando el césped, que a nosotros se

nos figuraba el mismísimo Maracaná. Y no te digo nada, Luis, si por ventura caía en nuestras manos uno de aquellos balones llamados de reglamento, queriendo significar que era auténtico, de cuero, y no de la goma triste, como de suela de alpargata, habitual en los que rifaban las tómbolas en la feria de Mayo.

Poco acostumbrados a la dureza y reciedumbre de aquel material, al acabar los partidos -que solían durar varias horas, toda la mañana o la tarde, mientras nuestras madres se desgañitaban llamándonos a la mesa- terminábamos con la cabeza dolorida de tanto remate y los pies llenos de ampollas. Al llegar a casa, maltrechos y sudorosos, podía suceder que encima nos zurrasen la badana por la tardanza y desobediencia, amén de castigarnos a no tocar otra pelota hasta vaya usted a saber cuando. Aunque, en honor a la verdad y en defensa de las madres, he de decirte, Luis, que este último castigo casi nunca se cumplía: un beso a tiempo, hacer un recado, obraban el milagro.

Lo peor era perder. Perder contra el equipo de la otra calle -entre nosotros no contaba la derrota, era como un entrenamiento-, perder, digo, suponía una humillación insoportable que traía consigo una retahíla de burlas y desprecios y que había que reparar lo antes posible. Nuestro orgullo de niños era sagrado y, como tú bien has dicho en alguna ocasión, no hay nada más serio que un niño cuando juega.

Y así, Luis, entre partido y partido, entre derrota y victoria, establecimos vínculos y actitudes que aún perviven en algunos casos, y adquirimos un lega-



do feliz que activamos con la memoria.

Después crecimos. Y llegó el amor, la torpe desesperación de la adolescencia ante unos ojos que te miran y te sacuden por dentro son que sepas por qué, el alzar el vuelo y pelear por la vida con armas que desconoces. Y aprendes la lealtad y la ternura, la tolerancia y la amistad, y descubres esa otra pasión que es la lectura y un amigo que un día te regala un libro de Luis Landero. Un libro estupendo, te dice. Un tipo magnífico te dice.

Por eso, después de leer tus libros con la pasión febril que se pone en lo que amamos y saber lo del Madrid y lo de la crónica deportiva, se me ha ocu-

rrido escribirte estas líneas.

No me preguntes cómo pasa el tiempo, Luis. Sospecho que nunca transcurre a la medida de nuestros deseos, y que va a su aire, y que le importamos un pimiento. No lo sé. Pero lo que sí sé es que entonces, cuando lo de las chapas, el futbolín y los cromos del chocolate era feliz, y que ahora, mientras te leo esta carta sentado a tu lado, también lo soy y por eso te doy las gracias.

Un abrazo, Luis.

Este texto fue leído como presentación a Luis Landero, durante su presencia en el Aula "Jesús Delgado Valhondo", organizado por la AEEEx en la ciudad de Mérida el día 12 de marzo de 1996.



Vieja presentación de la *poesía joven* o los árboles y el bosque

Javier Rodríguez Marcos

Rezan unos conocidos versos sin poema de Marx - Karl, no Groucho- que siempre hay un fantasma recorriendo el mundo. Tomando la idea por las hojas del rábano, cabría decir que un espectro recorre la poesía española contemporánea: saber si es poesía y si es contemporánea. La nacionalidad, como a los soldados el valor, se le supone. Quizá por eso, el problema de la poesía joven no es tanto ser joven cuanto ser, efectivamente poesía. El adjetivo importa poco y menos tendría que importar. Se sabe que el mundo nació viejo y que la poesía última siempre es penúltima. Tal vez ahora mismo, en esta hora, hay alguien a quien no conocemos internándose en el misterio de este oficio sin beneficio: he aquí al último poeta último, aquel por el que, secreto y anónimo, toda la historia de la literatura sigue teniendo un sentido intenso.

La botica de la poesía penúltima, última y joven -y uno es joven aunque ya no lo sea y mientras las antologías y la Unesco no digan lo contrario- acoge de todo y a todos: desde los que defienden la aplicación del ideario estético de Roland Barthes a los que han escrito en su divisa que con Barthes / ni te cases ni te embarques; desde los que ven la "corrección", ésa es la palabra, la mayor virtud de la poesía más nueva

hasta los que ven en ella el más atroz de los vicios; desde los que creen que sin tener en cuenta la experiencia de la vanguardia ni puede ni debe afrontarse el ejercicio poético hasta los que no quieren ver allí más que verdura de las heras. Por el medio están los que piensan que la vanguardia es el camino más corto para llegar a la tradición y que aquella se adelanta a veces tanto a su "ejército" que termina pasándose al "enemigo".

Hay, como se ve, de todo, lo que por otro lado parece lo más normal del mundo: la poesía de los que empiezan suele ser más cosa de árboles que

de bosques, por mucho que haya de prisa en buscarle un sitio. En la expresión "poesía de los 90" (o de los 80, 70...) da la impresión a veces de que se alude, como diría un poeta, no tanto a la década en cuestión como al número de integrantes. Integrantes con tendencia a dejarse llevar por la corriente del debate sobre las tendencias y los grupos literarios.



Y todo ésto, me temo, sucede al margen de eso que se llama "público". aunque tampoco eso ha de preocuparnos mucho. Suele decir Francisco Brines, que es sabio, que la poesía no tiene público, sino lectores. A lo que yo añado que muchos de esos lectores son a su vez poetas, y no pocos a su vez, unos y trinos, son lectores, poetas y críticos, por lo que no es raro ver a cirujanos haciéndose la autopsia, por usar una expresión de Claudio Rodríguez. No creo yo que sea tan importante el bullicio y la negociación de los poetas, pero sí la existencia de una crítica coherente que lea sin anteojeras de amistades, sectas, religiones, creencias o paganiás: una crítica "crítica".

En cualquier caso está por ver qué sea la poesía joven y tampoco hay que dejarse llevar por las prisas de tener un mapa antes de tener un territorio. Imagino que lo mejor que puede hacer

un joven es tentarse la ropa antes de nada y pensar en lo que a su edad habrían escrito ya John Keats, Arthur Rimabud o el propio Claudio Rodríguez. "Exigencia" es, me parece, una palabra rara, difícil.

"Escriba sobre las cosas de su ambiente, las imágenes de sus sueños y los objetos de su deseo", recomendaba Rilke al joven Franz Xaver Kappus, y concluía: "intente, como el primer hombre, decir lo que ve y lo que experimenta y ama y pierde". Experiencia y sueño, realidad y deseo. Todo nuevo y antiguo como el mundo. Lo mejor que puede suceder a la poesía joven es que se haga vieja. La tarea no es fácil.

(El presente texto constituye una de las intervenciones de su autor en el curso de la Universidad Complutense "Poesía Española Contemporánea", celebrado en Almería en julio de 1996)



Los Elegidos

Cuando los dioses nacían en Extremadura lo primero que tenían que hacer para ser dioses, era salir de Extremadura. (Pedro de Lorenzo).

En 1963 se estrenó en nuestro país el film "Los elegidos", del director Tulio Demicheli sobre el áspero y controvertido planeta del toreo, en el que el actor de origen argentino, José Bódalo, estudiante de Medicina en su juventud, encarna el papel de apoderado de un joven novillero con una novia guapísima y que comienza su carrera con grandes ilusiones de ser un ídolo de los ruedos. En unas secuencias del film el apoderado, un camaleón ya entrado en años, le sugiere a la chica del diestro que si quiere que su hombre triunfe y alcance la fama y la riqueza, tendrá que ser complaciente con él. La joven aceptó en embite. Y el torero triunfó por méritos propios y por las facilidades que le dio su prometida al sádico representante con el que pasó largas noches de vino y de rosas.

Pero una tarde, en mitad de una corrida, y en la testuz de un bravo berrendo, vio acercarse dos cuchillos acerados que sin poderlos burlar le rompieron la femoral y le llenaron los ojos de noche oscura, ignorando que el éxito alcanzado no era solamente suyo, sino que había alguien detrás que le mantenía en cartel una tarde tras otra, aunque sí recordó, antes de caer en la

Luis Martínez Terrón

negra gruta de la muerte y cerrar sus ojos para siempre, aquella sentencia evangélica de que "son muchos los llamados y pocos los elegidos..."

Y con esa filosofía, de fácil aplicación en determinados órdenes establecidos por una sociedad caduca y corrompida -a veces cargada de hipocresía y favoritismo-, que se erige en juez o jurado para elegir a los que han de alcanzar altas cimas en el Parnaso, es fácil comprender que jamás seremos lo que nosotros queramos ser, sino lo que los demás quieran que seamos. O sea, que si a pesar de nuestra obra deciden ignorarnos, lo harán. Y los cielos no temblarán por ello. Y unas veces por no profesar los mismos principios religiosos o políticos, disfrutar de las mismas simpatías o no concurrir a las mismas tertulias o capillitas en las que yo te leo a tí y tú me lees a mí, seremos condenados a los infiernos...

Pero no vamos a tratar en este trabajo, por ahora, sobre el melodrama de la película, ni otras divagaciones del pensamiento a las que retornaremos al final, sino a realizar un breve recorrido por el fantástico y apasionante mundo de las Letras, por lo que partiendo del siglo de Oro nos encontramos con los Clásicos: Lope de Vega, Cervantes, Quevedo, Góngora, Garcilaso, Santa Teresa, Quevedo, Tirso de Molina, Fray Luis de León y



San Juan de la Cruz, entre otros, que serían absorbidos por los Neoclásicos: Moratín, Quintana y Meléndez Valdés, seguidos por los hijos del Romanticismo: Duque de Rivas, Martínez de la Rosa, Zorrilla, Hartzenbusch, Echegaray, Gustavo Adolfo Bécquer -el cisne de los poetas sevillanos-, Larra -calificado por los críticos como el último romántico-, y los dos extremeños por accidente, José Espronceda y Carolina Coronado, sin olvidar que algunos de estos escritores y poetas coincidieron con los de la Restauración: Pereda, Caldós, Varela, Campoamor, Leopoldo Alas "Clarín", Pardo Bazán, Concha Espina, Rosalía de Castro, y algunos más que darían paso a la "Generación del 98" -aquellos hombres que con su pensamiento querían españolizar Europa -Unamuno, Baroja, Azorín, Maeztu, Valle Inclán, Benavente y Antonio Machado, los cuales llegarían a mezclarse con los Modernistas de 1900: Juan Ramón Jiménez, Rubén Darío, Villaespesa, Marquina, Felipe Trigo, Gabriel y Galán, Américo Castro, Sánchez Albornoz, Blasco Ibáñez, Ortega y Gasset, Manuel Machado, Gabriel Miró, Gaspar Gómez de la Serna, Salvador de Madariaga y un largo etcétera.

En este brillante y palpitante desfile literario a través del tiempo, llegamos a la celebración del Tercer Centenario de la muerte de Luis de Góngora -en plena vigencia de la dictadura consensuada del general Primo de Rivera-, y de una reunión celebrada en Sevilla surge el llamado "Grupo del 27", integrado por Alberti, Lorca, Jorge Guillén, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Salinas, Alexandre, Cernuda, Altolaguirre, Prados y Domenechina, algunos de

ellos prohibidos o vetados en nuestra nación durante largos años, y no por el contenido del mensaje, sino por la gravísima situación política que nos llevó a la Guerra Civil y que sirvió, entre otras cosas, para dividir al pueblo y sus hombres -entre ellos a los intelectuales, artistas y creadores- quedando en una orilla de aquel río de sangre Miguel Hernández y García Lorca -éste brevemente, pues le aguardaban tempranamente las sombras eternas en el granadino Barranco de Viznar- José Herrera Pétere, Rosa Chacel, Antonio Machado, Pedro Garfias, León Felipe, Bergamín, Alberti, Cernuda y Serrano Plaja, y en la otra, José María Pemán, Federico de Urrutia, Dionisio Ridruejo, Manuel Machado, Rafael Duyos, Marquerie, Agustín de Foxá, Marquina y Luis Rosales.

Y ya, en tiempo de la posguerra o convalecencia -según expresión de Martínez Carchero-, aparecen los nombres de Camilo José Cela, Carmen Laforet, Blas de Otero, Gabriel Celaya, Ana María Matute, Fernández Santos, Buero Vallejo, Goytisolo, Rafael Sánchez Mazas, Ignacio Aldecoa, Ignacio Agustí, Zuzunegui, García Serrano, Miguel Delibes, Sánchez Ferlosio, etc, etc.

Así seguiríamos hasta el presente en el que el desfile incesante de nombres visiten de gala los escaparates de las mejores librerías y listas de "Los más vendidos" de las páginas culturales de la prensa, mientras la criba, el crisol del tiempo ha ido dejando enterrados en el camino los nombres de otros poetas, narradores, ensayistas y escritores en general que, aunque gozaron de fácil pluma y genio literario, carecieron de mecenas, comentarista o crítico que los



ensalzara y "protegiera" para salvarlos del olvido.

Porque es de suponer que junto a los nombres citados a lo largo de estas líneas, existieron otros hombres dedicados al noble arte de soñar, escribir y fantasear sobre las blancas páginas, unas veces por vocación y otras por oficio, que hoy nos resultan desconocidos, y en algún lugar debieron dejar constancia de las vivencias de su tiempo, aunque reconocemos que lo mismo que en la naturaleza -siguiendo sus normas-, sólo sobreviven los más fuertes, en la Literatura perviven "los elegidos" de cada generación, cuyos nombres, aunque desconozcamos el contenido de sus obras, son los que han llegado hasta nosotros.

Y lo mismo que sucede en el mundo de las Letras ocurre en el de la Medicina, las Ciencias, las Artes, los Espectáculos, los Deportes y el Toreo. Sólo unos cuantos de cada generación, "los elegidos", incorporándose a la posteridad, dejarán constancia de su paso; la inmensa mayoría quedará bajo las ruedas implacables del carro del tiempo que todo lo arrasa. Y muchos que ahora abren sus alas como pavos reales, en reuniones y congresos, serán mañana nombres anónimos en los ficheros de alguna biblioteca provincial.

Todos hemos leído en alguna ocasión que a los toreros los hacen los apoderados y las empresas; a los artistas del espectáculo, sus representantes y productores, a los pintores los merchantes y algunos críticos de arte, a los poetas y escritores las editoriales -que imponen nombres, géneros y modas-, y algún que otro premio literario de importan-

cia... Pero sólo el paso del tiempo dirá quien quien en cualquiera de las facetas enunciadas.

Después de estos pensamientos debemos dejar bien claro que cada día resulta más difícil escribir algo nuevo, distinto y original. Hoy se escriben y editan más libros que nunca y a pesar del atractivo de algunas ediciones, y el bombardeo a que nos someten los medios de comunicación con determinados títulos y autores, se lee cada vez menos. ¿Qué sucede? Las bibliotecas públicas -más que lectores interesados en alguna obra literaria en particular-, utilizan las mismas instalaciones del Estado para repasar sus temas de estudio. Los fines de semana los bares y las discotecas se encuentran a tope desde el anochecer hasta el amanecer. Por otra parte nadie puede ignorar que el embrujo y el hechizo de la televisión -con la retransmisión de partidos de fútbol o corridas de toros-, los videorreproductores, los videojuegos y ordenadores, restan infinidad de horas al tiempo que podríamos dedicar a los libros, así como la apatía y el cansancio de la población estudiantil para abrir unas páginas que no sean las del texto, hacen que títulos recientes descansan en los estantes de las librerías, aguardando futuros lectores.

Por otra parte no debemos olvidar que desde siempre y con todos los regímenes políticos, han existido escritores y poetas llamados "oficialistas", es decir, los impuestos por los sucesivos Ministerios de Educación y Ciencia en los libros de texto, y otros bien asesorados que se apuntan a los premios literarios instituidos por Organismos Oficiales, que logran mantenerse en candelero algún tiempo, pero la mayor



parte de los casos sin lograr cruzar las fronteras de la propia Comunidad a la que pertenecen, algo que les puede llenar de una vanidad momentánea y absurda, pero cuando el tiempo pase su criba de pequeños agujeritos, su tamiz o cedazo bien tupido, serán algunos nombres demasiado gruesos para cruzar el umbral que los conduzca a la posteridad...

Y como decía D. Antonio Machado - maestro en la cátedra y en el verso-, y que hoy, con justicia, figura entre "los elegidos":

Todo pasa y todo queda,
pero lo nuestro es pasar.
Pasar haciendo caminos
estelas sobre la mar.

Reconocemos finalmente que desde el profundo gozo del silencio, donde reposa el grito de tantos nombres que un día tuvieron voz y brillaron con luz propia, siguen surgiendo unos versos que nos recordarán, al final, lo que somos:

Un leve montoncito de cenizas
olvidado en la tumba marginada
aunque cuelguen del nombre algunas
letras
en la afilada esquina de una plaza.

Cáceres, mayo de 1996.



Libros



LAZARILLO DE TORMES

(Medina del Campo, 1554)

Con la reproducción facsimilar de esta magnífica edición hasta ahora desconocida del Lazarillo de Tormes, se inicia una colección de la Editora Regional de Extremadura que, con el nombre de "La Biblioteca de Barcarrota", habrá de poner al alcance de estudiosos y bibliófilos tan importante y controvertido hallazgo. (A.G.)



"HÉVIZ"

Agosto 1996

Revista literaria húngara, publica la traducción a ese idioma de los relatos "Los arenales de la madrugada" de Carlos Lencero y "Me acuerdo" de Elías Moro. En anteriores números, esta misma publicación se hizo eco de obras de los autores extremeños Pablo Guerrero, Martín Romero y Antonio Gómez. Todas las traducciones al húngaro fueron realizadas por Solyom Sándor. (A.G.)



"SOBRE LITERARIO N.º 2"

Juan Manuel Barrado.

Mayo 1996

Este sobre ha sido editado por El Corral de las Cigüeñas de Cáceres, su contenidos son cinco poemas experimentales presentados en forma de tarjeta postal. De todas las obras que el autor nos ofrece destaca por su resultado final el homenaje que Juan Manuel ofrece a Kurt Schwitters. (A.G.)



"UNA MUERTE INCONCLUSA"

Antonio Montero Omenat

Julio 1996

En Una Muerte Inconclusa laten las primeras obsesiones de un escritor que ha fraguado su estilo con los ingredientes de muchas lecturas. La historia que nos cuenta logra apartarse de los consabidos trucos y efectos narrativos para mostrárenos esencialmente como una historia contada por quien aún no ha perdido el gusto por la palabra y por su música. (A.G.)



ECOS del espejo

Antonio Gómez - Elías Moro - Plácido Ramírez



“LOS TIEMPOS NO ESTÁN PARA PRÍNCIPES AZULES”

Alfredo Gordillo

Abril 1996

Obra palpitante, casi viva. Lenguaje sencillo, depurado, imágenes claras. Alfredo hace virtud la parquedad y economía de versos. El libro en su conjunto, también en su diseño rebosa amor y esmero. Buen ejemplo. (A.G.)



“TRILOGÍA POÉTICA”

Colectivo Vbérítas

Don Benito. Abril 1996

Volumen número tres del reciente fondo editorial creado por el Ayuntamiento de Don Benito. Reune todos los poemas, grabados y fotografías que aparecieron en las carpetas poéticas “Vbérítas”, “Amaltea” y “Caligae”.

El responsable de estas preciadas y exquisitas carpetas y también de la publicación que las homenajea es el poeta Juan Ricardo Montaña. (A.G.)



“TEATRO”

(Carpeta colectiva de serigrafías)

Obra gráfica y poemas.

Mérida 1996.

Con emoción y pasión Petra Portillo, Luis Ledo, Antonio Ruiz, Victoria Guill y Juan Carlos Núñez Crespo, aunan diversas formas de expresión plástica para mostrarnos su particular visión del teatro.

La “Poética en cuatro actos” de Antonio Ruiz potencia el buen hacer de sus compañeros con unos sencillos, claros, lúcidos y apasionados versos. (A.G.)



DESDE UNA MIRADA CÓMPLICE Y EDAD.

Cosme López García (Campanario, 1960)

Segundo libro de poemas, generosamente edita el Excmo. Ayto. de Campanario, con un esclarecedor prólogo de D. Antonio Viudas Camarasa, de la R. Academia de Extremadura, continúa luego con un poema de Manuel Pacheco dedicado a su amigo donde le invita a que siga luchando por la pintura y la poesía. En este libro el poeta da rienda suelta a la imaginación e imprime fuerza a sus versos, tiene libertad a la hora de expresar, escribe lo que le dicta su entraña, ser poeta no es tener profesión que sustente una nómina fija.

El libro contiene unas magníficas ilustraciones de M. Ángeles Alcántara. (P.R.)



ECOS del espejo

CANCIONES DE UNA ABIERTA HERIDA

(Libro de Poemas)

Varios autores bajo la coordinación de Antonio Salguero.

Edita el I.E.S. "Emérita Augusta" de Mérida.

Los dibujos son de Juan Fernández Pinilla, por cierto excelentes. El libro se divide en tres partes, tituladas 1a., 2a. y 3a. Generación, al parecer por razones de edad de los autores, hasta los 30 años la primera, entre 30 y 40 la segunda, y a partir de esa edad la tercera. El libro tiene una muy cuidada presentación, si acaso una letra muy menuda, quizá para intentar dar cabida a tantos autores. Una buena idea para dar oportunidad a muchos poetas que de otra manera no verían publicados sus trabajos. Adelante. (P.R.)



"SARMIENTOS"

Juan Manuel del Pozo.

Tercer libro de poemas de este alburquerqueño infatigable, con un prólogo de Francisco Lebrato Fuentes donde nos habla con cariño de este poeta al que él bien conoce. Del Pozo no es un poeta de silencios porque él los llena de poesía. Sus poemas son sencillos, se aprecia que están escritos con mucha ternura. Presume de haber nacido en Alburquerque, y dedica poemas a su infancia, su gente, familiares y amigos (entre ellos cuenta con el escritor paisano Luis Landero, amigo de infancia). Es un libro para leer a menudo, tenerlo siempre cerca. (P.R.)

"AGUA DE SEVILLA"

José A. Ramírez Lozano.

Este libro ha sido Premio Ciudad de San Fernando, pertenece a la colección Azahar de Poesía de la Editorial Castillejo. El escritor y crítico literario Antonio Zoido ha dicho recientemente que "Agua de Sevilla" resume el hechizo capaz de anegar la inspirativa admiración de un poeta extremeño. (P.R.)

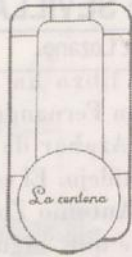


"RECODO POÉTICO"

Antonio Zoido.

Último libro de la Colección Kylix que dirige el incansable José María Robles Febré. Es un libro de versos sencillos y entrañables de este magnífico novelista, crítico de arte y de literatura, en el cual parece haberse detenido el tiempo. Estos poemas son para leerlos sin prisas y al día siguiente volver a releerlos de nuevo. Enhorabuena D. Antonio, gracias por este libro que no ha de ser el último. (P.R.)





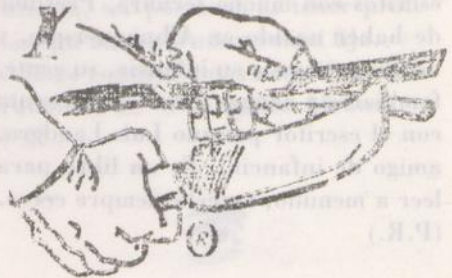
Reproducimos el artículo que con el título **UNA COLECCIÓN CENTENARIA** publicó en el diario "HOY" Manuel Pecellín Lancharro.

"*Finis coronat opus*", el fin es la corona de la labor, según el viejo adagio. Es decir, que una empresa sólo merece alabanzas auténticas cuando culmina. Porque bien es sabido que muchos elogiados proyectos fenecen antes de terminar, sembrando así frustraciones donde acaso levantasen encendidas esperanzas. De ahí el gozo que produce ver al fin el cierre de La Centena, odisea editorial entre las más ambiciosas concebidas en Extremadura.

Proyectada por las expertas manos y buen gusto de Antonio Gómez, José María Ródenas, Antonio Franco y Angel Campos, la colección daba a luz su entrega inicial, cuatripartita, en noviembre de 1986. Los autores de aquellos números primerizos ofrecían ya pruebas de la pluralidad con que iba a discurrir el asunto: un poeta (Gonzalo Hidalgo, que después triunfará en el campo narrativo); un pintor de renombre, Juan J. Narbón; un poeta, J. Antonio Ramírez Lozano, también conocido por sus celebradas novelas, y un narrador igualmente capaz de géneros diferentes, Joaquín Beltrán.

Luego de casi dos lustros, superadas felizmente no pocas dificultades que en algún caso parecían casi insolubles, los números 0 y 00 vinieron a cerrar la serie de numeración descendente para culminar con una entrega colectiva, simbólicamente titulada "La Centena".

Reconozcamos que "La Centena" no obtuvo siempre acogida unánime. El diseño de sus volúmenes (Cuadernillos, opúsculos o "plaquettes" de pequeño formato); el provocador y cambiante colorido de las portadas, junto con la mezcla de narraciones, versos, poemas visuales, reproducciones pictóricas y fotográficas, memorias, ensayos... desconcertaban a no pocos, quizás a los de formación más canónica. Aún recuerdo que Jesús Delgado Valhondo, con aquel su desgarrado decir, se refería a los primeros ejemplares como "*esas mariconadas de los de Mérida*". Al final, testarudo y en parte dolido porque no se le demandase con mayor ahínco (también pensó que uno de los textos editados iba claramente contra su persona), Jesús se nos murió sin que llegase a publicar en "La Centena", según creo le hubiese gustado. Su nombre y el de Manuel Pacheco son, a mi entender, las dos mayores lagunas de la colección.



ECOS del espejo

Otro punto conflictivo fue la medida adoptada, contra los propósitos iniciales, de abrirla a escritores no vinculados con Extremadura por nacimiento o residencia. Algunos hubiésemos preferido dejarla exclusivamente para autores de aquí, arriesgando todavía más -y no lo hizo poco- en favor de los aún inéditos, aunque reconozco que la calidad de casi todas las firmas no extremeñas resulta indiscutible, facilitándose así un fructífero contraste.

Por último, tratándose de una publicación tan significativa, hecha por la Editora Regional de Extremadura, a muchos nos hubiese gustado que se imprimiera en algún taller de nuestra comunidad, en vez de llevarse a Salamanca. En efecto, sólo si las instituciones oficiales se deciden a invertir aquí los dineros públicos de sus servicios de publicaciones conseguiremos tener una industria gráfica desarrollada (debemos reconocer que la ERE viene haciéndolo de esta última manera; no así otras entidades tan significativas como, por ejemplo, Caja Extremadura, que aún hace imprimir su revista ¡en Zaragoza!)

Hemos sugerido que en la nómina de "La Centena" no están todos los que son. Hay otros nombres, aparte de los arriba señalados, que hubiesen podido figurar con todo merecimiento. Y aludo a autores de Extremadura de distintas edades, tanto como de dentro como de la "diáspora". También es posible que algunos de los invitados resultemos perfectamente prescindibles. Con todo, el gran mérito de "La Centena", aparte del valor intrínseco

de sus textos e imágenes, reside en que constituye un fiel espejo de la capacidad creativa en la Extremadura finisecular. Por otro lado, la nota bibliográfica -de desigual extensión y cuidado- con que se introduce cada cuadernillo, constituye una excelente fuente de datos para futuros estudiosos de los autores extremeños (y nacionales).

Nuestras felicitaciones a los responsables de la colección, que han sido muchos ¡Y vamos a por otra!



BATA DE COLA (APUNTES PARA UNA TEORÍA DE SEVILLA)

José Antonio Ramírez Lozano
(Nogales, 1950)

Editora Regional de Extremadura -
Ediciones Libertarias

Ha publicado al menos diez libros de poesía, todos ellos agrupados en una antología. Tiene en su haber importantes premios como el "Juan Ramón Jiménez". Es profesor de Lengua y Literatura en Sevilla. Juan Antonio Ramírez Lozano es un gran narrador, sin lugar a dudas, con títulos publicados como TITIRIMUNDI (1987), PIO (1988), LA GRANOLA (1990), LA DERROTA DE LOS FABULISTAS (1994) entre otras. "Bata de cola", esta última tiene su estilo fresco, directo, engancha rápidamente con el lector. "...Es una novela de una Sevilla anterior a la Expo...esa mezcla de azahar y cagajón de caballo que tanto embriagan y que constituyen la metáfora de su mejor esencia". Felicidades. (P.R.)



ECOS del espejo

Antonio Gómez - Elías Moro - Plácido Ramírez

HISTORIA DE LA PRENSA PLACENTINA

Diego Blázquez de Yáñez
(Retamal de Llerena, 1943)

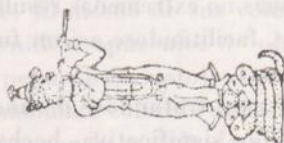
Lleva trabajando más de once años para terminar una historia completa de la historia de la prensa extremeña, que ocuparán al menos doce volúmenes, y que ahora la Editora Regional ha publicado en estos primeros dos tomos dedicados a todos los periódicos y publicaciones que ha tenido Plasencia. Diego Blázquez es Doctor en Derecho y Teología y Catedrático de Ciencias de la Información en la Universidad Complutense de Madrid. En el VII Congreso de Escritores Extremeños presentó una comunicación en el apartado de Ensayo titulado "José Polo: Escuela de Periodismo". (P.R.)

Revistas

V.O.

Dirigida por Francisco Rebollo y editada en la hermosa Cáceres, prosigue inalterable su andadura esta revista para amantes del cine. Cuando este número de "El Espejo" esté en vuestras manos, serán ya 34 los números de V.O. que habrán visto la luz. Los últimos temas tratados han sido "Psicópatas", "Deportes" y "Música", todos ellos en relación con el arte del cinema. Un atractivo añadido son siempre sus llamativas porta-

das. Provocativas, sobrias o elegantes, provocan de todo menos indiferencia. Ejemplo: un Buster Keaton paleolítico jugando al golf con un garrote y un pedrusco sobre un fondo verde luminoso en el número dedicado a los deportes. Admite colaboraciones que podéis dirigir a Revista V.O., Urb. La Mejostilla, C/ Rodríguez de Molina 93, 10004 - Cáceres.(E.M.)



LA LUNA DE MÉRIDA

Números 6-7

Dos son los números de esta revista que Ana Crespo y Marino González han publicado en la librería del mismo nombre desde nuestra presentación en la primavera placentina. Un exquisito monográfico con relatos (tiernos, irónicos, alguno directamente provocativo desde el título) del oculto escritor Carlos Lencero y enriquecido con su acierto habitual por las ilustraciones de Javier Fernández de Molina. El número 7 es otro monográfico dedicado a una de las formas más clásicas y difíciles de la poesía: su majestad EL SONETO. Desde el prólogo, que firma el recientemente fallecido Angel Crespo, hasta la última de sus páginas que dan cabida a firmas como Pedro Corredor-Matheos, Aníbal Núñez, J.A. Ramírez Lozano, Amparo Amorós o Gonzalo Alonso-Bartol entre otros muchos, cien sonetos os contemplan. Dos muestras de un magnífico quehacer que algunos vamos ya atesorando. (E.M.)



TIERRA DE ENCINAS

El colectivo de poetas dombe-nitenses (Teresa Carrasco, Tomás Chiscano, M. del Mar Gómez, Teresa Guzmán, Rosa Porro y Juan Ricardo Montaña García) y el colectivo "Alcandoria" de Mérida (Manuel Calderón, Pilar Fernández, Rosa Lencero, Julio Moríñigo, Antonio Gómez, Joaquín Gómez, Juan Miguel García, Daniel Molina y quien ésto suscribe), han unido sus esfuerzos y saberes ante una llamada de J. Ricardo Montaña -escritor oculto, magnífica persona- y esa labor ha dado como fruto esta "Tierra de Encinas".

Una caja de madera reciclada realizada a mano con un dibujo a pluma sobre corcho en la portada, guarda en su interior un ramillete de poemas con un nexo común: el color pardo, la tierra. Poemas de registros tan variados como autores se incluyen; desde el verso libre, hasta el romance, desde la extrema brevedad hasta el poema en prosa o el poema objeto. Una unión de esfuerzos que requiere pronta continuación. (E.M.)



Aulas

La AEEX, continuando la experiencia iniciada hace ya cinco años en Badajoz y a la que se sumaron el curso pasado Cáceres, Mérida y Zafra, apuesta de nuevo para este curso 1996/97 por la continuación de las "aulas", que en colaboración con diferentes entidades y organismos, oferta a los Centros de Enseñanza Secundaria de las citadas ciudades.

La estructura se mantiene inalterable: lectura matinal en un Instituto para los estudiantes y vespertina para el público en general, del autor invitado en cada caso.

Durante este curso pasarán por las diferentes aulas autores tales como Jorge Riechman, Luis A. de Cuenca, J.A. Ramírez Lozano, Felipe Benítez Reyes, Manuel Vázquez Montalbán, Andrés Sánchez Robayna, José Hierro, J.A. marina, V. Chamorro, J.J. Millás, A. Rodríguez de las Heras, J.A. Zambrano, Basilio Sánchez, Miguel Artola, Justo Vila, F. Vaz Leal, Clara Janés...

Como veis un ramillete variopinto que a buen seguro no defraudarán a todos aquellos que se acerquen a escuchar la buena literatura de boca de sus protagonistas. (E.M.)



Premios y nombramientos



Organizados por la Biblioteca Municipal "Juan Pablo Forner" de Mérida, se fallaron el pasado día 3 de mayo los II Premios a la creación en las siguientes modalidades:

-Premio de Poesía "*Ciudad de Mérida*".

-Premio de Novela "*Juan Pablo Forner*".

Premio de Ciencias Sociales "*José María de Calatrava*".

Un jurado compuesto por Félix Grande, José Miguel Ullán, Ángel Campos, Álvaro Valverde, J.M. Santiago Castelo, J.M. Caballero Bonald, Gonzalo Hidalgo Bayal, Luis Landero, Gonzalo Barrientos, Juan García y Manuel Pecellín, acordó conceder los premios a las siguientes obras y autores:

II Premio de Novela a la obra titulada "*La cámara de las maravillas*" de Luis María Carrero Pérez.

II Premio de Poesía a Diego Fernández Sosa por "*Estación del Silencio*".

Asimismo acordó declarar desierto el II Premio de Ciencias Sociales.(E.M.)



El cacereño Javier Rodríguez Marcos, ganador hace dos años del I Premio Extremadura a la Creación Carolina Coronado de Poesía con "Naufragios", ha sido galardonado con el XII Premio Jaén de Poesía por su obra "Mientras arden". El premio está dotado con dos millones de pesetas y la publicación de la obra.(E.M.)



La Asociación Cultural Extremeño-Alentejana, continuando con los ciclos sobre literatura portuguesa iniciados el año pasado, organizó en Badajoz los días 13 y 18 de junio dos conferencias tituladas "*Introducción a la vida y obra de Fernando Pessoa y Luis de Camoes*", dictadas, respectivamente, por Ángel Campos Pámpano y Perfecto E. Cuadrado, en el Salón de Actos del MEIAC. (E.M.)



José Miguel Santiago Castelo (Granja de Torrehermosa (1948)). Periodista, actualmente Subdirector de ABC, escritor y poeta. Recientemente ha sido nombrado Presidente de la Real Academia de Extremadura de las Ciencias y las Letras. Viajero incansable. Ha dado recitales y conferencias en países de



ECOS del espejo

América y Europa, ha publicado más de una decena de libros. Por "Memorial de Ausencias" (1979) recibirá el Premio Fastenrath de la Real Academia Española, con motivo de este acontecimiento sus paisanos le rinden un homenaje, en el Círculo Granjeño de Zarzaquemada-Leganés (Madrid) al que tuve la suerte de sumarme representando a la Casa de Extremadura, recién fundada por aquel entonces. Desde esa fecha para acá podría contar anécdotas, pero sobre todo hablar del profundo amor que siento por su tierra y sus gentes, acudiendo allí donde se reclama su presencia. Recuerdos,...aquellos años. En la Romería de Septiembre del 81 con su capa española. En el homenaje a Luis Alvarez Lencero en la primavera del 83, donde participaban Pablo Guerrero, José María Bermejo, Alejandro García Galán, José Iglesias y un servidor; aquella foto en el ABC comentando el acto que fue muy entrañable. Varias veces tuve la oportunidad, siempre como espectador, 85-86 en algún cine de Villanueva de la Serena, una delicia escucharle, junto al viejo y sabio maestro Medardo Muñiz. Hace un par de años paseando muy de mañana por las calles de Badajoz con manolo Pecellín, y por la tarde en el Aula Díez Canedo. Recientemente en el VII congreso de Escritores Extremeños en Plasencia, donde pudimos hablar de amigos comunes en Madrid, pero igualmente extremeños, también de su hermana Lola, excelente poeta. En fin, que de este hombre podríamos seguir hablando sin descanso. Que su nombramiento

sea para bien, cosa que ya se está notando. Enhorabuena. Ojalá que la Academia ande... y por buen camino.(P.R.)




Alonso Zamora Vicente. Académico de Honor de la Real Academia de Extremadura de las Ciencias y las Letras. Leyó su discurso en Mérida el 10 de noviembre de 1996. Antonio Viudas Camarasa glosó la vida y obra de este autor, ligado a Extremadura desde su juventud, ya que estuvo aquí como profesor en Mérida, fruto de esa experiencia fue su publicación "El habla de Mérida y su comarca".(P.R.)



Francisco Tejada Vizuete. Recientemente nombrado miembro de la Real Academia de Extremadura de las Ciencias y las Letras. Natural de Granja de Torrehermosa, reside en Badajoz donde dirige el Museo Catedralicio. Es un gran estudioso de la historia religiosa de nuestra región, con multitud de libros publicados. Ha sido el coordinador de los coleccionables sobre folklore, juegos, fiestas ("Raíces") que el diario regional HOY ha publicado recientemente. (P.R.)



De Varia Re



Bernardo Víctor Carande, Presidente Honorario de la AEEX, realizará una exposición de óleos y acuarelas en el Círculo de las Artes de Lugo (Lugo, 15-16 de diciembre), en la que dará a conocer diversas obras inspiradas en la región gallega. La actividad pictórica de Bernardo es una más de un polifacetismo que siempre nos acaba sorprendiendo por la variedad y riqueza de sus propuestas. Esperamos que resulte un éxito como la realizada en la Galería Ceberino Franco de Badajoz en el año pasado.

La Universidad Popular Peleña ha creado un Aula Literaria en la que han realizado o realizarán lecturas algunos de nuestros asociados como Miguel Ángel Lama, Carlos Medrano, J. Antonio Zambrano, Ángel Campos, etc. Esperamos que esta actividad cuente con los apoyos necesarios para que se mantenga y fructifique. Desde aquí le deseamos la mejor de las sin-gladuras.



Convocatorias

La Asociación Cultural "Vicente Rollano" de San Vicente de Alcántara convoca el II Premio de Relatos Breves "Villa de San Vicente", con una dotación de setenta y cinco mil pesetas para el relato ganador. La extensión máxima de los relatos será de 5 folios o DIN-A4 mecanografiados a una sola cara. La entrega de originales finalizará a las 15 horas del día 4 de enero de 1997. Quienes deseen participar deberán enviar sus trabajos acompañados de un sobre cerrado con el nombre, dirección y teléfono del autor. Los originales se deben enviar sin firmar, por cuádruplicado, a la siguiente dirección:

*II Premio "Villa de San Vicente"
de Relatos Breves.
Asociación Cultural
"Vicente Rollano"
Avda. de Extremadura, 28
06500 San Vicente de Alcántara
(Badajoz)*

Aprovechamos esta circunstancia para indicar que el I Concurso de Narración Corta, ganado por José Luis Mosquera Müller, fue organizado por esta entusiasta Asociación "Vicente Rollano", y no por el Ayuntamiento de San Vicente como, por error, se indicó en el anterior número de "el espejo".



Sumario de "el espejo" n.º 1

..... narrativa

LA SINGER

Manuel Vicente González

EL DESCONOCIDO

Justo Vila

CARTA DE AMOR Y DE NOSTALGIA

Plácido Ramírez

DIARIO ÍNTIMO DE LA DECADENCIA

José Luis Mosquera Müller

LOS SUICIDIOS

Francisco Bautista Gutiérrez

..... poesía

POEMA

Jesús García Calderón

A MODO DE BIENAVENTURANZA

Román Díez García

UNA CIUDAD DE PASO

Trinidad Ródenas Alcón

UN DÍA

Antonia Cerrato Martín-Romo

SONETOS A LOS POETAS MAL LLAMADOS LOCOS

Cosme López

JUAN RAMÓN

Juan María Robles Febre

POEMA

Ada Salas

..... Encarte

Vidal Á. Garrido Reguero

PRESENTACIÓN

Eliás Moro Cuéllar

CATULO

Vidal Angel Garrido Reguero

LA MUERTE LIBREMENTE ELEGIDA

Vidal Angel Garrido Reguero

..... crítica

ACERCA DE LA POESÍA DE ANTONIO ORIHUELA

Ramón Pérez Parejo

HISTORIAS DE MELÉNDEZ

Bernardo Víctor Carande

EL GUARDARROPA DEL TIEMPO

Alonso Guerrero

EL CERCO OBLICUO, UN PASEO POR EL LABERINTO

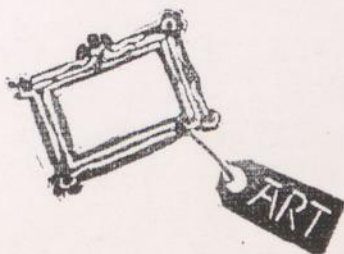
Hilario Jesús Rodríguez Gil

JESÚS DELGADO VALHONDO EN MÉRIDA

Antonio Salguero Carvajal

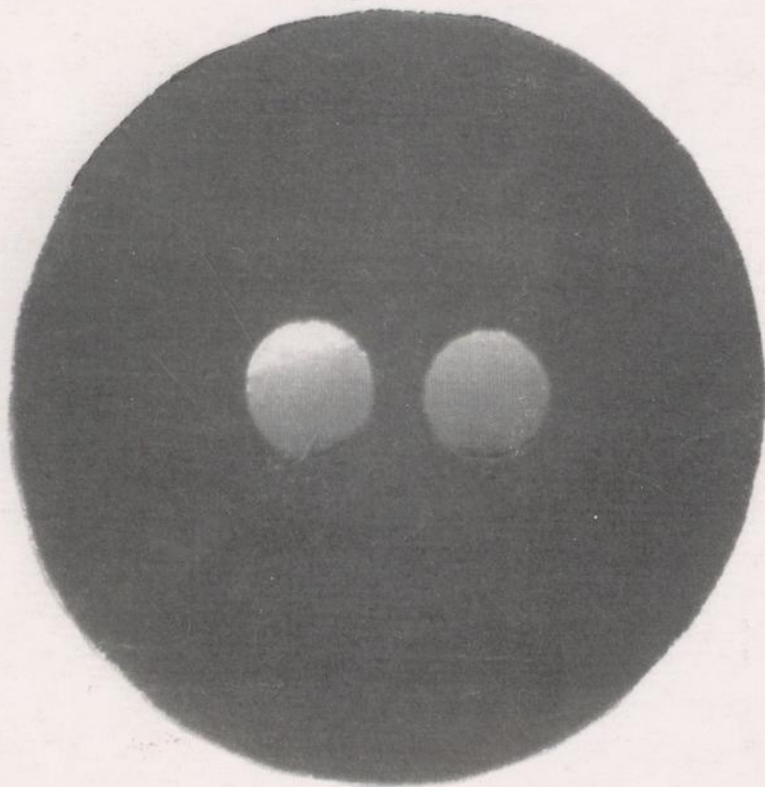
..... ecos

Eliás Moro / Plácido Ramírez / Antonio Gómez



sigNo

a
m
O
r



S
E
r

mu Sa